La inocencia de un presidiario

La inocencia de un presidiario

La inocencia de un presidiario

por

Charles de Bernard

(*L'innocence d'un forçat*, relato incluido en la recopilación *L'écueil*, publicada por primera vez en 1842).

Versión española

de Ramón Pajares Box

I

En septiembre de 1828, hacia las dos de la madrugada, las casas de campo a lo largo del Garona, entre La Réole y Cadillac, estaban sumidas en esa calma profunda que el sueño de las ciudades desconoce, y durante la cual, según la famosa expresión, solo se ve la oscuridad y solo se oye el silencio. Un pabellón aislado, situado en medio de un parque de extensión no muy grande, parecía ser la excepción al reposo generalizado. En un ángulo del edificio, en el lado que mira al este, una ventana del primer piso dejaba pasar una luz tan tenue que para confirmar su existencia había que mirarla con atención. Un aventurero que hubiera logrado escalar el muro del parque y trepar hasta el alféizar de la ventana, manteniéndose agarrado para mejor atisbar lo que pasaba en el interior, quizá no se sintiera recompensado de su esfuerzo ante la misteriosa escena que descubría su curiosidad. A través del resquicio de dos cortinas de seda azul se podía entrever el interior de un dormitorio amueblado con elegancia y tímidamente iluminado por una lamparilla de noche. En una cama situada al fondo, una mujer en la flor de la edad y de la belleza dormía agitada por esas emociones persistentes que ni siquiera cesan con la suspensión momentánea del sentimiento y de la razón. A su lado, un hombre de cara pálida y arrugada por la edad velaba inmóvil y callado. Con la cabeza inclinada sobre el cabecero de la cama, reteniendo el aliento y los latidos de su corazón, atendía con avidez a las palabras entrecortadas que dejaban escapar los labios de la joven, desazonada por una pesadilla.

«¡Su nombre! ¡No, no pronunciará su nombre!» —se dijo tras una espera en vano, mientras su mirada llena de rabiosa impotencia recorría la habitación.

—Arturo —murmuró ella, como si una potencia fatal hubiera roto de pronto el último sello que protegía un secreto ya medio desvelado en las agitaciones del sueño.

—Arturo —repitió el anciano, levantándose bruscamente como si ese nombre hubiera sido una daga a punto de herirle en el pecho—. ¡Arturo de Aubián! Y yo me resistía a creerlo. ¡Arturo! ¡Qué ciego he sido!

Se secó con gesto convulso el sudor que transpiraba su frente lívida, e inclinándose aún más sobre la cama, tan repulsiva para él como una tumba abierta, acercó de nuevo el oído a la fresca y adorable boca de donde salían palabras ponzoñosas.

—No quiero... —balbucía la mujer haciendo un esfuerzo para levantarse—, arriesgas tu vida..., la mía no importa, pero la tuya..., no, no quiero..., él sospecha..., te mataría...

Dejó escapar un sollozo, tembló de pies a cabeza y, con un sobresalto angustioso, se incorporó quedándose sentada en la cama. El anciano creyó que despertaba y se ocultó detrás de las cortinas para no ser visto. Pero

ella, sin abrir los ojos, permaneció inmóvil en la misma postura. Poco a poco el cambio de sus facciones indicó el de sus ideas: el terror dejó paso a una expresión de recogimiento, que volvió a mudarse en una de atención profunda y preocupada. La mujer, cuya exaltación nerviosa había llegado al grado de intensidad en que comienzan los fenómenos de sonambulismo, ladeó la cabeza como si escuchara un ruido inquietante. De pronto se levantó, se puso una bata y se acercó con precaución a la ventana.

—Las doce —musitó—. ¡Qué apuro!... Esta pared es tan alta... Se haría daño al caer... Le oigo en el jardín... ¡Cuánto ruido hace!... Es esa arena que han echado en los senderos... ¡Oh, esta es la última vez!... Voy a decírselo... Mejor morir que pasar este miedo.

Con una precisión de movimientos que denotaba esa clarividencia interior que la ciencia aún no ha logrado explicar, la sonámbula, cuyos párpados seguían cerrados, apagó la lamparilla y empujó el cerrojo de la puerta. Luego accionó los cordones de las cortinas y abrió la ventana sin que ningún ruido llegara a oídos del marido que, unos pasos por detrás, seguía con enojo todos estos gestos. La joven fue después a su mesa de costura y tomó una cinta larga que fue soltando por el exterior de la ventana hasta que supuso que había tocado el suelo. Luego la fue recogiendo y simuló sujetar al marco de la ventana el gancho de una escala de cuerda que había venido atado al extremo de la cinta. Se dirigió después al interior de la habitación y esperó anhelante. De pronto abrió los brazos y los estrechó con pasión en torno a un ser imaginario, mientras musitaba con arrobo:

—¡Vida mía!

Solo abrazó el vacío. Permaneció un momento atónita, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Arturo! —gritó por fin, presa del pánico, y se precipitó hacia la ventana abierta. Los débiles brazos del marido supieron encontrar la energía necesaria para retenerla.

—¡Tengo miedo! No hay que asustarme —dijo por lo bajo mientras se debatía entre sus brazos.

Las angustias de la enamorada mujer habían cedido ante el instinto peculiar de los sonámbulos, quienes, como si fueran conscientes de su estado, temen por encima de todo ser despertados bruscamente. Pero la conmoción había sido demasiado fuerte para que el arrebato lograra un desenlace tranquilo. Los hilos misteriosos por los que el alma se desahoga mientras duermen los órganos, sus agentes habituales, estallaron dentro de su cerebro como se rompen las cuerdas de un arpa cuando se pulsan con exceso. La joven se despertó, y prorrumpió en gritos ahogados al encontrarse sumida en una oscuridad profunda y sujetada por brazos desconocidos que la estrechaban con fuerza.

—Soy yo, Lucía —le dijo el anciano con penoso esfuerzo—. Soy yo, no temas.

El marido encendió unas velas, cerró la ventana, y serenando sus facciones se acercó a su mujer, que acaba de sentarse en la cama y miraba con asombro a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer llevándose las manos a la frente—. ¡Tengo un caos, un volcán, en la cabeza! ¿Por qué estás aquí?

—Te he oído andar —respondió el marido con voz alterada—. Temía que estuvieras mal, y por eso he subido.

—¿Se oyen mis pasos desde tu habitación? —preguntó Lucía con secreto pavor.

—Es la primera vez que pasa. Nunca has tenido un sueño tan agitado.

—Es horrible ser una sonámbula —confesó ella inclinando la cabeza —, y dicen que no se cura. ¿He hablado mientras dormía?

Su voz era débil al decirlo.

—No —contestó el anciano, cuya cara permanecía impávida mientras se arañaba el pecho con las uñas.

Tomó una luz, deseó las buenas noches a su mujer, y bajó a sus habitaciones. Al llegar, las fuerzas le abandonaron y se dejó caer en un sillón. Permaneció durante un rato derrumbado y, por así decirlo, insensible. Por fin la energía moral, que la caducidad física no siempre destruye, resurgió furiosa e implacable en el corazón de este anciano, aparentemente roto por haber descubierto su deshonor.

—Matarlo, ¿cómo?... —exclamó retorciéndose las manos—. A ella nunca tendré el valor de matarla. ¡Pero a él! ¡A él, el causante! No, no accederá a batirse en duelo. Mencionará mi edad avanzada, y todo el mundo estará de acuerdo. Porque está bien visto y es honorable arrebatar a un anciano la felicidad de sus últimos días, arrastrar su nombre por el fango, volverle loco de vergüenza y de desdicha, pero enfrentarse a él en el campo de honor, ¡eso sería un ultraje a sus canas! Y puede que tenga razón. Mi vista ya no es lo que era, y tampoco mi brazo. En un duelo sucumbiría, sin lograr vengarme. Incluso podría ser que se apiadara de mí. No, nada de duelos ni de incertidumbres. ¡Debe morir como sea, aunque tenga que asesinarlo!

El marido ofendido pasó el resto de la noche maquinando proyectos de venganza. Al despuntar el día, salió a dar un largo paseo por el parque, antes de que se levantaran los de la casa. Al cabo de buen rato, se tropezó con el jardinero, ocupado en nivelar terraplenes, quien se quitó la gorra ante el anciano y le dijo con tono misterioso:

—Señor Gorsaz, ¡qué bien que sea tan madrugador! Tengo que decirle algo y prefiero que los demás no estén delante.

—¿Qué pasa, Piquet? —preguntó bruscamente el anciano.

—Pasa, señor Gorsaz, que ayer por la noche alguien ha forzado la ventana del cobertizo donde guardamos las herramientas. La tarde anterior había olvidado allí mi chaqueta, y dentro estaba mi reloj, todo nuevo y de plata, que me había costado dieciocho francos. También había en el

bolsillo cuatro escudos, y al menos tres francos en calderilla. La chaqueta la he encontrado, es esta que llevo puesta, pero el reloj y el dinero han volado.

—En ese cobertizo solo entran sus obreros —dijo el señor Gorsaz.

—Cierto, y por eso pondría la mano en el fuego en que el ladrón es uno de ellos.

—¿Sospecha de alguien?

—Jean Pierre y Vacherot son de la zona, los conozco desde hace veinte años y respondo de ellos como de mí mismo. Pero queda el retorcido de Bonnemain, y ese, con su permiso, sí que creo que haya sido capaz de la cosa.

—¿Bonnemain? —repitió el amo con aire pensativo.

—Nunca me he fiado de ese fulano —añadió Piquet—, además de que me estropea la faena y me pone en apuros. Pasa por jardinero pero no sabe hacer ni un injerto.

—Ya, pero usted solo tiene sospechas, y harían falta pruebas —dijo Gorsaz poniendo más interés de lo esperable en este asunto.

—¡Pruebas! Aquí tiene una bien clara —contestó el jardinero sacando del bolsillo un clavo corto que exhibió entre índice y pulgar—. Es un clavo nuevecito que he encontrado en la ventana. Solo Bonnemain lleva esos clavos en sus zapatos, unos zapatos nuevos que ha comprado en La Réole hace diez días, y precisamente le falta uno en el de la derecha. Me di cuenta ayer, cuando se los quitó para entrar en el vivero.

—¿Ha hablado de esto con alguien? —preguntó el anciano.

—No soy tan estúpido —contestó el jardinero—. Antes he querido consultarle.

—Muy prudente. Hasta nueva orden, no diga nada a nadie, y cuando vea a Bonnemain, mándemelo. Yo me encargo de hacerle hablar.

Piquet meneó la cabeza, dudando.

—Es un retorcido —dijo—, nunca viene derecho. Ya verá, señor Gorsaz, le costará hacerle confesar.

El anciano despidió al jardinero con la cabeza y se dirigió hacia la casa. Entró en su cuarto y esperó con impaciencia al presunto autor del robo, que no tardó en presentarse en la habitación, gorra en mano y con todo respeto.

II

Bonnemain era un hombre de unos cuarenta años, fornido de cuerpo, de facciones dulzonas y vestido con cierto esmero, algo impropio de su profesión.

—Cierre la puerta y acérquese —le dijo Gorsaz mientras él mismo cerraba las hojas de la ventana ante la que estaba sentado.

Tras hacer lo que se le había dicho, el trabajador permaneció de pie sin moverse. Su aspecto era sereno y tranquilo.

—Bonnemain, o mejor Baptiste Leroux —le dijo el anciano mirándole directa y fijamente—, anoche se cometió un robo en esta casa. Se le acusará, ya sea inocente o culpable, porque con sus antecedentes todas las sospechas caerán sobre usted. Existen algunas pruebas, y las pesquisas seguro que desvelarán más. Usted ya ha sido condenado penalmente. Por tanto, hay reincidencia, y ya se imagina la condena que le espera: trabajos forzados a perpetuidad.

—Me viene de nuevas —contestó Bonnemain con un aire de asombro que quizá hubiera desorientado a un juez de instrucción—. Le doy mi palabra de honor, señor Gorsaz, que soy inocente. He estado en la cárcel, es verdad, no puedo decir lo contrario, pues cuando vine a pedir trabajo tuve que enseñarle mis antecedentes, pero no es justo ser tenido toda la vida por un malhechor por una tontería cometida cuando era joven. Le aseguro como hay Dios que no sé de qué me habla.

—¿Por qué delito le condenaron a trabajos forzados? —preguntó el señor Gorsaz.

—Por una falsificación que en mala hora se me ocurrió cuando trabajaba en una casa de comercio —contestó el presidiario con voz contrita.

—Por un asesinato —replicó el anciano en voz baja pero con acento enérgico—, por un asesinato cometido entre Prades y Villefranche sobre la persona de un recaudador de impuestos, a quien usted quería arrebatar sus cobranzas, y que para su fortuna no llevaba encima. Digo para su fortuna porque no habiéndose cometido robo y descartando el jurado la premeditación, solo le condenaron a galeras. En Toulon se hizo acreedor a una conmutación de pena por buena conducta, y en lugar de terminar su vida en prisión, no estuvo más que diez años. Como ve, estoy enterado de todo.

«¡Ah, viejo sabueso! —pensó Baptiste Leroux, alias Durand, alias Lejeune, alias Bonnemain—, si estuviéramos solos en un bosque, con dos viajes de mi navaja ya verías lo que me durabas: ¡ni el tiempo de apurar un chato!».

Gorsaz pareció adivinar los pensamientos sanguinarios de su antagonista, pues echó una mirada inquieta hacia el exterior de la ventana,

pero la presencia de otros jardineros que trabajaban a poca distancia le tranquilizó. A pleno día, en su casa, y con un auxilio tan cercano, pensó que no tenía nada que temer de la ira que parecía apoderarse del presidiario, a pesar de sus intentos por parecer tranquilo. Continuó pues la entrevista, pero fue más con la familiaridad de un consejero indulgente que con la severidad de un juez vengativo.

—Hasta ahora las cosas no le han ido bien —le dijo—. Ha pasado diez años en presidio por un asesinato que no le ha reportado ningún provecho, y ahora está a punto de volver para siempre por un reloj que no vale ni veinte francos.

—No vale ni diez —interrumpió Bonnemain, que enseguida se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Diez o veinte, da igual —continuó el anciano sonriendo irónicamente—. Lo esencial es que el robo sea algo probado, y ahora lo es porque usted mismo lo confiesa. Me veo obligado a hacerle arrestar.

—Hará arrestar a un inocente —dijo el presidiario, aunque con una cierta pérdida de aplomo.

Gorsaz inclinó la cabeza y permaneció algún tiempo con los ojos bajos. Luego los levantó y dirigió a Bonnemain una mirada con la que trataba de penetrar en los más recónditos repliegues de esa alma degradada por el hábito del crimen.

—Supongamos —le dijo— que en vez de entregarle a la justicia, le facilito los medios de huir a Burdeos y de embarcar hacia un puerto extranjero, San Sebastián o Bilbao. Sigamos suponiendo que, además de salvarle, le entrego una suma suficiente para montar un negocio fuera de Francia y vivir sin estrecheces, diez mil francos, por ejemplo. ¿Qué le parecería esa proposición?

El presidiario solo manifestó su emoción por un movimiento del labios apenas perceptible. Con la sagacidad propia de quien ha vivido de recursos culpables e incluso sangrientos, captó a la primera que se trataba de un trato y no de un favor. Este pensamiento le devolvió su aplomo, pues mercadear con un superior es volverse por un momento su igual.

—Lo que me parecería, señor Gorsaz —replicó tras simular reflexión —, la verdad, yo me diría: Bonnemain, no se ofrecen diez mil francos así como así. Seguro que te necesitan para un asunto que los valga. Es que, vea usted, diez mil francos, ¡vaya una propina!

—Y de ese asunto, ¿estaría dispuesto a encargarse? —preguntó el anciano con voz reconcentrada.

—Depende —contestó Bonnemain—. Nunca le he hecho ascos al trabajo, solo los vagos lo rechazan. Pero habría que saber de qué se trata.

—Suponga algo muy grave.

—Algo como el asunto del recaudador, ¿verdad? —preguntó el presidiario con una punta de sospecha.

—Sí —contestó Gorsaz en voz baja.

—Solo que, en este caso, en vez de ir tras el dinero del gobierno, ¿puede que se trate de librarse de un guapo caballero que se dedica a escalar muros y ventanas como si no tuviera otra cosa que hacer?

—¿Lo has visto? —exclamó el anciano fuera de sí mismo por esta revelación inesperada.

—Mire, señor Gorsaz —dijo Bonnemain con desenvoltura—, hay que ser claro en los negocios. Le voy a hablar sin tapujos, puesto que ahora ya no tengo miedo de que me vaya a denunciar. Ese idiota de Piquet se deja en el invernadero su chaqueta, y eso me da una idea a mí, que estoy bastante escurrido. ¡Y es que no vivo del aire! Por la noche me meto en el parque saltando el muro que está detrás de la alameda. De pronto oigo un ruido por encima mí. Creía que era un gato o una garduña, pero no, era un individuo que se desliza muro abajo y que se dirige luego hacia la casa. Bueno, me dije, aquí hay un colega que quizá tenga una idea mejor que la mía, y entonces nos repartiremos los beneficios. Eran como las doce y no se veía un pimiento. Da igual, me quito los zapatos y le sigo. Llega justo delante de esta ventana, yo me echo cuerpo a tierra para que no me vea si se vuelve, y ¿qué pasa entonces? Otra ventana se abre justo encima, algo blanco aparece y luego el individuo trepa en dos patadas, ¡ni el tiempo de apurar un chato! Vaya, me digo, parece que el colega tiene cómplices en la casa, y que no nos dedicamos a lo mismo. Y viendo que lo suyo no era asunto mío, me volví a lo que había venido.

—¿Has reconocido a ese hombre? —preguntó el marido con voz sorda.

—Creo —respondió el presidiario con tono sarcástico— que mejor debería preguntárselo a la señora Gorsaz, que lo ha visto más de cerca que yo.

—¿Lo has reconocido? —insistió con furor el marido de Lucía.

—Sí —dijo Bonnemain—. Es el señor Arturo de Aubián, que vive cerca del río, a veinte minutos de aquí.

—¡Pues bien, es a ese a quien hay que matar! —gritó el anciano levantándose con un movimiento frenético.

—No digo ni que sí ni que no —respondió el presidiario con aire despreocupado—. Me juego el cuello en esa partida: si pierdo, ya sé lo que me espera; si gano...

—Tendrás diez mil francos —le interrumpió el señor Gorsaz.

—Eso es más de lo que valgo, sin duda alguna, y no trato de regatear. Pero cuando haya terminado el trabajo, ¿quién me asegura que usted me paga? Tenga en cuenta que no tendré tiempo de esperar, y que, como se suele decir, no se encuentran diez mil francos tirados por el suelo. Quizá no los tenga: aunque uno sea rico, no se guarda en casa tanto dinero.

En vez de contestar a esta objeción, el anciano se acercó a un secreter situado cerca de la chimenea; lo abrió, quitó uno de los cajones y sacó de una cavidad un estuche que contenía una veintena de cartuchos; tomó tres o cuatro, los rompió y dejó caer sobre el escritorio una lluvia de monedas

de oro. El presidiario no mostró reacción emotiva alguna salvo por un brillo momentáneo en su mirada y una sonrisa feroz que inmediatamente borró de sus labios estrechos y sin color.

—Como puedes ver, el dinero está —le dijo Gorsaz mirándole atentamente—. Entonces, ¿hay trato?

—Cuando no se paga por adelantado, se entrega una señal —repuso Bonnemain, retorciéndose las manos detrás de la espalda para resistir a la tentación.

—Aquí está —le dijo el marido dándole diez monedas de veinte francos—. Cuando hayas acabado, recibirás cincuenta veces lo mismo. Ya ves que son de oro, no te costará llevarlas encima.

—El dinero nunca pesa —contestó el presidiario filosóficamente, y sin más comentario se metió en el bolsillo el adelanto.

Con ello se cerró el trato entre el condenado a trabajos forzados y el anciano hasta entonces sin tacha. Los dos cómplices hablaron a continuación de la manera de llevar a cabo con seguridad el atentado contra Arturo de Aubián. El marido ultrajado no escuchaba más que su odio impaciente, y quería una venganza rápida y terrible: esperar a la noche le parecía insufrible. El asesino a sueldo, sobre quien recaía la responsabilidad y el peligro de la ejecución, no tuvo dificultad en hacerle ver que un homicidio a plena luz no era juicioso.

—Puesto que suele salir de noche, es entonces cuando hay que hacerlo —dijo con toda decisión, como si hubiera tenido tiempo de estudiar y madurar un plan—. Entre la casa de él y la suya hay un sendero muy a propósito, y allí se le puede esperar escondido en cualquier seto. No hay otras casas en los alrededores, y el Garona queda a dos pasos. La luna no aparece hasta las dos, y como él suele ponerse en marcha hacia las doce, se puede hacer que tenga un tropiezo sin comprometerse. Cuando lo del recaudador, esa maldita luna es la que hizo que me reconociera un arriero, y desde entonces me he jurado no hacer trabajos con ese farol encendido. ¡Es que no hay modo de apagarlo!

—Antes que nada, hay que devolver a Piquet el reloj y dinero —dijo el señor Gorsaz—. Sospecha de usted. Si se decide a denunciarle, terminaría usted entre rejas y...

—Y eso rompería sus planes —interrumpió con familiaridad el ladrón a punto de ser de nuevo asesino—, lo comprendo. Yo en chirona y el guapo del señor de Aubián escalando los muros de su parque. Vale, devolveré todo, y lo haré ahora mismo para que Piquet no se alborote. No me importa nada ese maldito reloj que no vale ni el esfuerzo que he hecho por cogerlo.

Con el proyecto debidamente perfilado, ambos hombres se separaron, pero antes de abandonar la habitación, Bonnemain se fijó en todos los rincones con la atención penetrante de los profesionales de la rapiña. Tomó buena nota del lugar secreto donde el dueño de la casa ocultaba el

estuche con el oro, y su manera de cerrar el secreter. También se fijó en la disposición de la ventana, y se dio cuenta de que no tenía contraventanas en el interior. Por fuera una simple persiana la protegía de los intentos de penetración, facilitados por otro lado por la poca altura de la planta baja del edificio. Satisfecho de su examen, el presidiario saludó con todo respeto a la persona a la que acaba de venderse, y se dirigió al jardín a juntarse con sus compañeros de cuadrilla con el aire tranquilo y bonachón en él habitual.

Por la tarde Gorsaz, que se paseaba con parsimonia por uno de los senderos del parque, fue abordado de nuevo por el jardinero.

—Esto parece brujería —le dijo Piquet, cuyo rostro bronceado parecía radiante de alegría y de asombro—. Figúrese, señor Gorsaz, que acabo de encontrar en mis bolsillos el reloj y el dinero, sin que pueda entender por dónde han entrado. Si hubiera brujas, la cosa se explicaría, pero hoy ya no creemos en esas memeces.

—Eso es que alguno de sus compañeros le ha estado tomando el pelo —repuso el dueño de la finca encogiéndose de hombros, y siguió su paseo.

—Da igual —pensó Piquet—, nadie me quitará de la cabeza que Bonnemain no es trigo limpio, y si yo fuera el amo, me libraría de él.

III

La noche siguiente tuvo lugar un extraño encuentro en el caballete del muro que limitaba el parque de Gorsaz, por el lado de la alameda. Dos hombres que escalaban al mismo tiempo este cerramiento, uno desde el exterior y otro desde el interior, se encontraron de pronto cara a cara al alcanzar la cima. Asustados ambos por una aparición tan imprevista, estuvieron a punto de perder apoyo y de caerse, pero lo evitaron con una reacción instintiva. Se agarraron a la arista superior, pasaron decididamente una pierna por encima para conseguir un soporte más firme que los débiles agarres utilizados durante la ascensión, y permanecieron frente a frente presionando fuertemente el muro con las piernas mientras lo cabalgaban, de modo que las manos quedaran libres para la pelea que parecía inevitable tras semejante preámbulo. Estaban tan cerca el uno del otro que, a pesar de la oscuridad, pudieron vislumbrarse y luego reconocerse. El que venía de fuera vio levantado el brazo de su adversario y, al final de la silueta que formaba contra el oscuro fondo del cielo, distinguió lo que parecía ser un puñal o un cuchillo. La retirada era imposible, la espera mortal. Pese a no tener armas se lanzó intrépido sobre su contrario, le agarró el brazo con una mano y le atenazó con la otra la garganta.

—Bonnemain —le dijo a media voz—, suelta el cuchillo si no quieres que te tire muro abajo.

Obligado a obedecer si quería conservar el pellejo, el presidiario soltó el arma, que cayó en el parque.

—Señor de Aubián, déjeme bajar —dijo con voz apurada—. Yo no le impido entrar, no me impida usted salir.

—Acabas de cometer un robo —dijo Arturo—. Nadie escala un muro sin mala intención.

—Bien que lo escala usted también —contestó Bonnemain—. ¿Quiere eso decir que usted también roba?

Enmudecido por esta respuesta, el amante de Lucía pensó que, en caso de que se hubiera cometido un robo, no podía detener al culpable sin comprometer a la mujer que amaba. «Dejémoslo marchar —pensó—, a él le interesa que yo guarde silencio, y por eso tampoco dirá nada».

Libre de la doble pinza que le había retorcido el brazo y dejado casi sin respiración, Bonnemain se inclinó sin decir palabra y palpó el muro por la parte de fuera. Enseguida encontró la cuerda con nudos que había utilizado Arturo, sujeta al borde del caballete por un gancho lanzado por mano experta y vigorosa. El presidiario la agarró con fuerza y, lanzándose afuera con decisión, se puso a bajar con la soltura de una ardilla. A medio camino se paró en seco, volviendo a subir casi tan deprisa como había bajado.

—Ni visto ni conocido, ¿de acuerdo? —dijo al caballero—. Si usted me

denuncia, yo contaré que le he visto entrar una noche por la ventana del cuarto de la señora Gorsaz.

Sin esperar respuesta, Bonnemain se deslizó hasta el suelo y echó a correr por el campo, desapareciendo enseguida en la oscuridad.

Arturo se quedó quieto un tiempo en el sitio donde había encontrado al presidiario. La idea de que el secreto de sus amores pendiera de semejante sinvergüenza le deprimió y le irritó. Luego trató de tranquilizarse diciéndose que no debía temer ninguna indiscreción por parte de un fulano que también estaba interesado en permanecer callado. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por expulsar de su mente la mala impresión que este desventurado encuentro le había dejado, sentía aún una confusa aprensión que, pese a los riesgos de sus anteriores citas nocturnas, había ignorado hasta entonces. En lugar de bajar enseguida al parque, quedó indeciso y a punto de volver por donde había venido, pero recordó que Lucía le estaba esperando, y el amor terminó triunfando sobre la prudencia. Pasó la cuerda de nudos hacia la parte interior del muro, y se dio cuenta de que esta vez no le haría falta, pues, para facilitarse la huida, Bonnemain había colocado una de las escaleras utilizadas por los jardineros.

El joven caballero bajó al suelo y se orientó, pese a la oscuridad reinante, a través del laberinto de árboles, que conocía bien. Al acercarse a la casa se paró de pronto, pues le pareció que un ruido indefinido rompía el silencio, solo alterado por el murmullo de las hojas agitadas por la brisa. Como ya no volvió a oír nada, prosiguió su marcha; un momento después un sonido más claro, semejante al de un hombre que llama a otros, lo detuvo de nuevo. Varios gritos, provenientes de puntos distintos, se sucedieron rápidamente, como si se contestaran unos a otros. Parecía claro que el robo presuntamente cometido por Bonnemain había despertado a los ocupantes de la vivienda, y que una batida se estaba desarrollando en el parque. Con la rapidez de un ciervo que oye los primeros ladridos de la jauría, Arturo echó a correr hacia el lugar por donde había entrado. A punto de llegar vio, delante de él, en la espesura, una luz como la de un fuego fatuo que se desplazaba rápidamente. Resultó ser la de una linterna con la que alguien recorría deprisa la estrecha senda que bordeaba la base del muro. Al llegar donde estaba la escalera, se detuvo como un sabueso que huele un rastro y empezó a gritar a los demás, que respondían desde lejos. Enseguida aparecieron de entre los árboles dos luces como la primera, y el amante de Lucía comprendió que la retirada le era imposible. Vaciló un momento, y luego comprendió que afrontar el peligro era más prudente que huir de él si no había por dónde escaparse. Decidió avanzar hacia los batidores, reunidos al pie a la escalera hablando con fuerte agitación. Al ver salir al caballero de entre los matorrales, hubo un asombro generalizado. Los más prudentes no se movieron pero el más osado se lanzó hacia el recién llegado, a quien no había reconocido.

—¿Qué pasa, Piquet? —dijo Arturo rechazando al jefe de esta batida

nocturna que le había agarrado por el cuello.

—¿Es usted, señor de Aubián? —respondió el asombrado jardinero al reconocerle.

—¿Qué ha pasado y qué significa todo este jaleo? —contestó el caballero.

—Es que, ¡ay Dios mío!, es que acaban de matar al señor Gorsaz.

—¡Matar! —exclamó Arturo, quedándose lívido.

—¡Ha sido un asesinato, con muchas puñaladas! Estamos persiguiendo al asesino que claramente se ha escapado por aquí, utilizando mi escalera... Pero ¿qué hace usted en el parque a estas horas? —añadió mirándole con desconfianza.

Arturo ya se había inventado una historia para justificar la situación equívoca en la que se encontraba.

—Por todo lo que usted me cuenta —contestó— estoy seguro de haber visto al asesino.

—¿Lo ha visto? ¿Quién es?... ¿Ha logrado reconocerlo? —preguntaron a la vez los tres perseguidores haciendo corro a su alrededor.

—Volvía de Caudrot —dijo Arturo— y, yendo a mi casa, pasaba por el sendero que bordea el parque por fuera. De pronto he visto un hombre que se dejaba caer desde lo alto del muro. Me ha parecido algo sospechoso y me he aproximado. Pero al verme correr hacia él, ha emprendido la huida y ha desaparecido por entre los campos. Pero sí encontré una cuerda fijada al paredón por donde se ha deslizado. Temiendo que algo malo le hubiera ocurrido al señor Gorsaz, he trepado por la cuerda para llegar cuanto antes a la casa y dar la alarma. Y eso es lo que iba hacer cuando he visto sus linternas.

—Pero ¿ha reconocido a ese canalla? —preguntó uno de los criados.

—No —dijo Arturo, recordando la amenaza del presidiario.

—Solo Bonnemain es capaz de hacer algo así —dijo Piquet—. Nunca me ha gustado ese granuja.

Uno de los obreros, que estaba inspeccionando la base del muro, se levantó de pronto.

—Aquí está el cuchillo —gritó—. Aún tiene sangre.

El instrumento del homicidio pasó de mano en mano. Era uno de esos puñales sin vaina que los armeros llaman navajas catalanas, y cuya cuchilla, cuando se extiende, queda fija por medio de un resorte. El acero había sido limpiado, pero todavía quedaba sangre en la ranura del mango.

—No puede estar muy lejos —dijo el jardinero jefe—. Hay que acorralarlo como a un lobo rabioso, que es lo que es. ¡Vamos, en marcha todos! Pero usted, señor de Aubián, ¿por qué no se acerca a consolar a la pobre señora Gorsaz que está a punto de perder la cabeza? ¡Menudo jaleo el que se le ha venido encima! Han mandado buscar al médico, al cura, al procurador del rey, a toda la cuadrilla. Seguro que se alegrará de verle a usted, que es amigo de la casa.

Arturo, suspicaz como cualquiera que no está libre de reproche, creyó percibir en estas palabras un deje irónico ajeno por completo a la intención sin malicia del honrado jardinero. Sin embargo le pareció que una negativa podría levantar sospechas, además de que la desgracia que acababa de golpear a Lucía le suscitaba el doloroso deseo de verla y de reafirmarle su entrega absoluta, único consuelo posible en tales circunstancias. Acompañó, pues, a Piquet, que volvía hacia la casa llevando como pruebas de cargo la navaja articulada y la cuerda con nudos.

—¡Buenas precauciones había tomado el canalla! —dijo el jardinero mientras avanzaba—. Habrá pensado que la escalera era demasiado pesada para pasarla al otro lado del muro, y por eso se ha traído esta cuerda con gancho, una auténtica herramienta de ladrón. Hay que tener los puños y las piernas bien fuertes para trepar por todos estos nudos.

—¿Realmente ha muerto el señor Gorsaz? —preguntó Arturo como si estuviera reflexionando.

—Ya todo acabó para este buen señor —respondió el jardinero apresurando el paso.

El lugar del delito era la habitación en la que el anciano había conversado, unas horas antes, con el presidiario. El asesino había entrado por la ventana, tras levantar el gancho interior de la persiana a través de la celosía y arrancar, con un trozo de brea viscosa, el cristal, detrás del cual se encontraba el cierre de la falleba. Sorprendido en su cama y puede que en su sueño, Gorsaz, a lo que parece, recibió inmediatamente las puñaladas. La resistencia debió ser corta y débil, pues lo encontraron acostado en la postura habitual. El cobertor apenas estaba descolocado. A no ser por las abundantes manchas de sangre, se le habría creído dormido. Una vez perpetrado el homicidio, el asesino intentó forzar el secreter. Mientras lo hacía, cayó con estrépito un jarrón colocado sobre la chimenea, quizá por haberlo rozado. Un criado que dormía en un cuarto cercano se despertó y dio la alarma.

La escena que encontró Arturo de Aubián cuando entró en el dormitorio incrementó su emoción. A la escasa luz de unas pocas velas se veía un grupo silencioso y consternado, pero activo. La cama donde yacía la víctima había sido arrastrada al centro de la habitación para facilitar los auxilios que empezaba a prestar el médico. En la cabecera, un sacerdote ya mayor permanecía de pie, intentando captar algún signo de vida que le permitiera ejercer su ministerio. Por el movimiento de sus labios se traslucía que sus oraciones no habían esperado a que la absolución fuera posible. Ambos personajes, investidos de sacerdocios igualmente estrictos, casi igualmente sagrados, habían llegado a la vez. Acostumbrados a encontrarse junto al lecho de los moribundos, apenas habían cruzado palabra. El médico, sin perder tiempo, había comenzado su tarea, el cura aún esperaba la suya.

A los pies de la cama, la esposa del anciano asesinado se mantenía

inmóvil, con sus manos agarrando el borde del mueble, y mostrando una energía inesperada cuando se la quiso apartar de este espectáculo sangriento. Ni una lágrima caía por sus mejillas, ni un lamento salía de su boca. Pálida como si estuviera ella misma en trance de morir, con la mirada fija y los dientes apretados, contemplaba a su marido con mudo estupor. Y, como si tratara de ver mejor, con gesto demente apartaba de vez en cuando sus negros cabellos, que en perfecto desorden caían sobre la cara y los hombros.

Al ver a su amante, Lucía no dejo traslucir ni turbación ni sorpresa. Parecía como si lo excesivo de su emoción hubiera extinguido en ella la fuente de los sentimientos habituales. Con una mirada profunda le mostró el cuerpo inanimado del anciano, y volvió a refugiarse en una actitud taciturna que recordaba la de las víctimas de la antigua fatalidad. La conciencia, acunada y adormecida por la pasión, se despierta siempre ante el espectáculo de la muerte. Cuando Arturo vio bañado en sangre al hombre cuya hospitalidad había traicionado, sintió recorrer por su alma una parte de los remordimientos que atosigaban la mente de la esposa adúltera. En ese momento supremo, dirigir a la mujer que amaba una mera palabra, una mera mirada, un mero pensamiento, le pareció una odiosa profanación. En vez de acercarse a ella, se puso al lado del cura y le dijo en voz baja:

—¿Hay alguna esperanza?

—Solo Dios lo sabe —respondió el sacerdote elevando los ojos al cielo.

Durante horas los esfuerzos de la ciencia parecían infructuosos. Gorsaz no recobraba el conocimiento y su respiración parecía apagarse paulatinamente. El médico, que al ver por primera vez las heridas no las juzgó mortales, empezaba a desesperar. Al prolongarse más allá de lo previsible la insensibilidad, atribuida inicialmente a la pérdida de sangre y a la debilidad de la edad, le hizo temer que el puñal del asesino hubiera alcanzado algún órgano vital. De vez en cuando se inclinaba sobre el herido y escuchaba con inquietud el débil estertor que salía de su pecho. Por fin, unas contracciones nerviosas alteraron la rigidez sepulcral que habían mostrado hasta entonces las facciones del herido; su respiración se hizo más fuerte, y con doloroso esfuerzo logró abrir los párpados. Intentó incorporarse pero no pudo, y se quedó con la boca y los ojos abiertos, aunque no era aún capaz de hablar ni de ver.

—Padre, creo que puede irse a casa —dijo el médico limpiándose la frente—. Ahora veo seguro que se salvará.

Por primera vez, Aubián buscó los ojos de Lucía, pero no los encontró. Al oír las palabras del médico, la joven esposa se había puesto de rodillas y parecía rezar con fervor.

El día había despuntado ya. Delante de la casa se había formado un grupo de campesinos y de obreros cuyo ruidoso parloteo dejaba ver la

sensación que había causado en los alrededores la noticia del atentado perpetrado contra una persona rica y estimada por todos. El ruido producido por esta aglomeración se hizo mayor y más agresivo cuando apareció Bonnemain, con las manos atadas a la espalda, conducido triunfalmente por dos campesinos bajo la dirección del jardinero Piquet. Los insultos, las amenazas, los gritos de muerte que en tales casos suele proferir la plebe, sobre todo en las regiones del sur, acogieron ruidosamente al presunto autor del asesinato. Estaban a punto de pasar de las imprecaciones a las pedradas y de las pedradas a los cuchillos, cuando el gentío se vio bruscamente apartado por un coche cuyos caballos avanzaban al galope y del que surgió un personaje vestido de negro, de aspecto serio y de facciones severas.

—En nombre de la ley —gritó con autoridad—, que nadie se atreva a levantar la mano contra el detenido.

Los más furibundos, al reconocer al procurador del rey del tribunal de la Réole, renunciaron a sus tentaciones de justicia sumaria. Después de interrogar a Piquet, el magistrado hizo soltar las ataduras de Bonnemain, cuya ropa embarrada y cara ensangrentada mostraban que solo se había rendido tras una resistencia desesperada. El procurador del rey confió la guarda del detenido a las personas de buena voluntad que habían procedido a su arresto. Luego entró en la casa para continuar con su investigación.

IV

Gorsaz, gracias a los cuidados que no dejaban de prodigarle, había recuperado algo de fuerza y toda su conciencia, aunque no el uso de la palabra. El procurador del rey, a la espera de que pudiera soportar un interrogatorio, examinó escrupulosamente el lugar e hizo acopio de los objetos que pudieran servir de prueba material en las diligencias. Solo una persona de entre las reunidas en la casa había declarado que había visto huir al asesino: era Arturo de Aubián, que se vio obligado a repetir un relato plagado de medias verdades, cuyas circunstancias Piquet había parcialmente alterado.

—Por tanto, caballero —le dijo el magistrado—, el jardinero se equivoca cuando afirma que usted cree haber reconocido a Bonnemain como el hombre que escalaba el muro.

—No he visto su cara, y por ello no puedo haberle reconocido —respondió Arturo, que firmó su declaración con mano firme, decidido como estaba a salvaguardar, incluso a costa de un perjurio, el honor de la mujer que amaba.

Tras estos preliminares, el procurador del rey, deseoso de culminar su investigación con el careo entre víctima y acusado, entró de nuevo en la habitación de Gorsaz. Se acercó a la cama del anciano, que trató de incorporarse pese a su debilidad y que pareció agradecer su llegada con una mirada en la que la inteligencia revivía.

—No es aún capaz de hablar —dijo en voz baja el médico al magistrado—, pero oye y entiende lo que se le dice.

—Señor —dijo entonces el procurador del rey inclinándose hacia la cama—, espero que pronto pueda decirme de viva voz los detalles que espera la justicia para dar castigo penal al atentado del que ha sido víctima. Ya que no puede hablar, tenga la amabilidad de contestarme con gestos... Se ha encontrado en el secreter una vela que hace suponer que el asesino ha utilizado luz, al menos durante el robo. En ese momento le habréis podido ver. ¿Es correcta esa conjetura? ¿Habéis visto al asesino?

Gorsaz hizo con esfuerzo un gesto afirmativo.

—Si lo trajéramos a su presencia, ¿lo reconocería?

El anciano repitió el mismo gesto con más energía, pero con una expresión de horror en la mirada.

—Señor magistrado —dijo el médico llevándose aparte al representante del ministerio público—, debo indicaros que en este momento un careo es peligroso. El estado del herido es aún muy precario, y ver al homicida le producirá con toda seguridad un impacto emocional que sería prudente evitar.

—Precisamente por ello —contestó el procurador del rey—, porque considero, al igual que usted, que el estado del herido es muy precario, me

parece imposible retrasar un careo susceptible de arrojar una luz decisiva sobre este asunto. En interés de la sociedad, al igual que en el del detenido, no puedo omitir el único medio de llegar de modo irrecusable a la verdad. Si el señor Gorsaz se muere, ¿qué tendríamos? Indicios materiales, suposiciones más o menos graves, pero ningún testimonio directo, puesto que el señor Aubián declara que no ha reconocido al fugitivo. Hay que aprovechar el estado de lucidez del herido, que puede empeorar en cualquier momento.

—Que empeorará seguro si traéis a esta habitación al asesino —objetó el médico con viveza.

—¿Me puede garantizar, por su honor —preguntó el procurador del rey—, que el señor Gorsaz estará aún vivo mañana por la mañana?

—No se puede garantizar de nadie que esté vivo mañana —repuso el médico, evitando un respuesta directa—. Haga lo que le parezca. Yo cumplo con mi deber protestando contra un procedimiento que puede ser fatal a un enfermo confiado a mis cuidados.

—Yo también cumplo con el mío descubriendo al criminal a cualquier precio.

—¿Aunque ese precio fuera la muerte de un anciano? —preguntó el doctor acaloradamente.

—Doctor —replicó el magistrado con tono severo—, habla usted como un apóstol de la humanidad, y por ello no debo hallar motivo de ofensa en sus palabras. Por mi parte, yo soy el representante de la sociedad, y debe usted comprender que no puedo desoír mi mandato, por muy intolerante que parezca. Lamento que se haya suscitado esta disputa entre nosotros, que a decir verdad no tiene nada de deshonrosa, pues muestra que ambos conocemos nuestras obligaciones. Yo, en su lugar, probablemente reaccionaría como usted; permítame creer que en el mío usted se comportaría como yo.

Ambos se separaron con cara seria. Mientras el procurador del rey salía de la habitación para ordenar que trajeran al detenido, el médico se acercó a Aubián y al sacerdote que, desde que Gorsaz había recuperado el conocimiento, se mantenían apartados, fuera de su vista; el cura, para que el herido no viera que su estado era lo suficientemente grave como para necesitar los auxilios de la religión; Arturo, por el pudor que hace surgir en los corazones honrados el convencimiento de haber ofendido a una persona a la que se respeta.

—Señor cura —se quejó el médico—, la justicia humana no tiene nada de humana. Debería dedicarle un sermón a esta idea. Mientras usted se esconde caritativamente para que su sotana no asuste a este pobre enfermo, el procurador del rey nos obsequia con una de las exquisiteces de su oficio. Con tal de que él pueda cerrar su atestado, lo demás le da igual. Va a traer a esta habitación al asesino. Le he dicho que yo no respondía, pero le da igual. Que haga lo que quiera, yo me lavo las manos.

—Hay que llevarse de aquí a la señora Gorsaz —dijo Arturo, a quien Lucía en este momento inspiraba tanta piedad como amor.

—Eso es lo quería decir —apostilló el médico—. Solo usted, señor cura, puede conseguirlo. Llévesela, por favor, y no la deje volver. Si le necesitamos, enviaré a buscarle, pero ella no debe volver por aquí. Tiene una organización nerviosa irritable en exceso, y temo que la sangre se le suba a la cabeza. Hay personas dementes que muestran menores inclinaciones a la locura que las que ella ha dejado ver cuando está bajo un choque emocional. Enciérrela en su habitación, que yo subiré cuando pueda ausentarme de aquí. Quizá haya que sangrarla.

—¿Tan preocupante le parece su estado? —preguntó Aubián, alarmado por lo que acababa de oír.

—Querido señor Aubián —le dijo el doctor al oído—, el estado de una mujer joven de constitución nerviosa y casada con un anciano es siempre preocupante.

Echando mano de la doble autoridad de su edad y de su magisterio, el sacerdote logró llevarse a Lucía fuera de la habitación. En el momento de salir se cruzaron con el procurador del rey, al que seguía Bonnemain, custodiado por dos campesinos que hacían de gendarmes honorarios. Al ver al asesino de su marido, la señora Gorsaz apartó la cabeza y se apoyó en el brazo del sacerdote que apresuró el paso musitando:

—En medio de esta desgracia, te doy las gracias, Dios mío, porque no es un hijo de la parroquia.

El detenido y su escolta se detuvieron a la entrada de la habitación mientras el magistrado se adelantaba hacia el herido para prepararlo para la entrevista.

—Este es el momento álgido —dijo el médico a Aubián—. Ayúdeme porque estos criados son tan torpes que no sirven para esto. Pase el brazo por debajo de la almohada y sostenga al señor Gorsaz: en su postura actual no puede ver a la persona que le traen, y hay que procurar abreviar la ceremonia.

Después de asegurarse que el herido, todavía incapaz de hablar, comprendía el acto que se iba a desarrollar y parecía estar en estado de soportarlo, el procurador del rey hizo un gesto a Bonnemain para que se acercara. El presidiario echó una mirada huraña a su alrededor, calculando las oportunidades de escapar, pero vio que no era posible. Entonces, resignado, se adelantó y permaneció inmóvil a dos pasos de su víctima, con la cabeza gacha, la cara lívida y agitado por un estremecimiento global que notaron todos los circunstantes.

«¡Cómo se agarra a la vida este viejo!» —pensaba al percibir abiertos y fijos sobre él los ojos de Gorsaz, que creía haber cerrado para siempre.

La crisis que temía el médico se manifestó al instante. Al ver a su asesino, el anciano experimentó, a pesar de su energía, una violenta reacción de pánico exteriorizada por la alteración súbita de sus facciones.

Aunque ya estaba lívido, palideció aún más. Sus párpados se cerraron y su cabeza se desplomó sobre la almohada, como si la visión del presidiario terminara de rematar el apuñalamiento. Mientras el médico se apresuraba a preparar un cordial, Arturo, que sostenía con un brazo al herido, le hizo respirar un frasco de sales. En ese momento, Gorsaz abrió de nuevo los ojos, y vio al lado de su cara la del hombre causante de la traición de Lucía. La miró con estupor, como se mira una aparición que nuestra razón no permite aceptar. De pronto en sus facciones, que la muerte parecía retorcer con mano glacial, se encendió una llama: el odio, la indignación, el furor, la venganza, todas la pasiones sangrientas que le devoraban el ánimo desde la víspera brotaron de sus ojos en una única mirada. Sin ayuda, con una vehemencia increíble, el anciano se incorporó, luego extendió la mano hacia Arturo, que quedó paralizado con un terror supersticioso, e hizo esfuerzos convulsos para hablar que terminaron por quebrar los obstáculos que le habían impedido hasta entonces el uso de la palabra.

—¡El asesino, el asesino! —exclamó con una voz que parecía surgir de un sepulcro.

Un rayo estallando en la alcoba no habría originado una impresión comparable a la que produjo ese tremendo y vengativo alarido. Aubián permaneció aterrado y en silencio, como si fuera el culpable. Un intento de sonrisa pareció asomarse a los labios del presidiario. El procurador del rey y el médico intercambiaron una mirada expresiva, y este último, acercándose al enfermo le cogió el brazo y le tomó el pulso:

—*Ægri somnia* —dijo mirando al magistrado.

Gorsaz contradijo encolerizado al médico.

—No, no es el sueño de un enfermo —dijo con voz cavernosa pero perceptible—. La sangre que he perdido no me ha quitado la razón. Estoy en mis cabales. Les veo a todos ustedes... Usted es el doctor Mallet... Usted es el señor Carigniez, procurador del rey en La Réole. El párroco acaba de salir de la habitación con mi mujer... Aquí hay obreros que trabajan en mi casa, y este hombre... —prosiguió señalando a Arturo con un gesto airado—, este hombre es el que me ha apuñalado.

—Tiene usted la vista débil aún, y puede que le engañe —dijo el magistrado que, al igual que el doctor Mallet, seguía creyendo que el herido no gozaba aún de la plenitud de sus facultades—. Mire de este lado. ¿No reconoce como su asesino a este hombre que está aquí, a mi derecha?

—Déjese de tonterías, magistrado —exclamó Bonnemain—. Ya ha visto usted que ha reconocido a este otro, todo el mundo es testigo.

El anciano se sobrepuso a la repugnancia que le producía la vista del presidiario, y lo miró un momento con una tranquilidad impostada.

—Este hombre —dijo— se llama Bonnemain y trabaja para mi jardinero. No es él quien ha querido matarme..., es este otro, ya se lo he dicho, es Arturo de Aubián... Cumpla con su obligación, señor procurador

del rey, puede que viva muy poco, tome nota de mi declaración. Si muero, les encargo a todos de repetir ante el jurado mis últimas palabras... Escriba... No, deme la pluma, trataré de escribir yo mismo.

—¡Vaya, vaya! —se dijo Bonnemain respirando con más facilidad que antes—. Si todos los trámites fueran tan claros, daría gusto trabajar. Parece que el viejales no ha digerido aún la cuerda de nudos del mocetón, ¡esto marcha!

Aubián no había dicho una sola palabra. Víctima de una venganza de la que no podía zafarse sin deshonrar públicamente a la mujer que amaba, se refugió en un silencio lleno de resignación y desdén.

—Caballero —le dijo el procurador del rey con un apuro que raramente atenaza a los agentes judiciales—, por muy extraña que nos parezca a todos la declaración del señor Gorsaz, no me es posible dejar de mencionarla palabra por palabra en mi atestado.

—Cumpla usted con su deber —respondió Arturo con entereza.

A instancias de Carigniez, el anciano relató los detalles de su intento de asesinato. Se atuvo a la verdad en todos los detalles, salvo uno. A pesar de todas las objeciones del magistrado, mencionó siempre el nombre del amante de Lucía cuando tenía que nombrar al auténtico asesino. Cuando iba a firmar la declaración que podía enviar al patíbulo a un hombre inocente, el cura entró en la habitación. Al ver al ministro de una religión que ordena el perdón de las ofensas, Gorsaz vaciló un momento, pero el odio se sobrepuso. Con mano aún insegura firmó la declaración, y tras ello se dejó caer sobre la almohada, agotado por el enorme esfuerzo desplegado para asegurar su venganza al consignarla en un documento fehaciente.

—¿Ha terminado? —preguntó el médico al magistrado—. Está medio muerto; creo que ya es bastante: ¿no ha conseguido usted todo lo que quería saber?

—He conseguido más de lo que quería —contestó Carigniez preocupado—. ¿Qué piensa del estado del herido? ¿Sigue creyendo que han influido las alucinaciones febriles en esta extraña declaración?

—Aunque mi vida dependiera de ello —respondió el médico—, no puedo mentir a mi conciencia. Gorsaz no tiene fiebre ahora, y sabe muy bien lo que dice. ¿Lo que dice es verdad? Eso es lo que no sé.

—Y usted, ¿no me ayudará con sus luces? —preguntó el procurador del rey al sacerdote, quien, al enterarse de la declaración del anciano, permanecía consternado y en silencio.

—Un auténtico cristiano habría perdonado —dijo el cura, a quien Lucía había confesado sus faltas.

—¿Perdonado qué? —preguntó el magistrado.

El sacerdote comprendió que decir una palabra de más supondría transgredir el secreto de confesión.

—Dios lee en los corazones —continuó emocionado—. Solo Él puede

iluminar a los encargados de hacer justicia. A Él le corresponde proclamar al inocente y enmendar al culpable haciendo que se arrepienta.

—Me gustaría conocer su opinión —insistió el procurador del rey—. ¿Cree usted que el señor de Aubián es culpable del asesinato?

—Le creo inocente, señor magistrado —contestó con decisión el cura.

—¿Cómo explica, pues, la conducta del señor Gorsaz?

El párroco bajó los ojos y permaneció en silencio. El magistrado, sentado ante una mesa, volvió a leer el atestado, tras lo cual apoyó la cabeza sobre sus manos y permaneció meditabundo un rato.

—Lo que me confunde es el intento de robo —dijo al fin dirigiéndose a sí mismo—. En el seno de todas las clases se cometen homicidios, pero este robo me resulta inexplicable: una persona rica puede asesinar por celos, por venganza, pero no por codicia. El asesinato es producto de la pasión, el robo es producto de la necesidad. En este caso quizá haya pasión, pero ¿dónde está la necesidad? El señor de Aubián tiene medios de fortuna, ¿no es cierto? —preguntó en voz baja al médico.

—Sí, si no los ha perdido en el juego —contestó el interpelado con voz queda.

—¿O sea, que es jugador? —manifestó el magistrado.

—Un jugador algo arruinado, creo —repuso Mallet—. Le han visto perder en Burdeos doce mil francos en una noche.

—Eso lo cambia todo —dijo el procurador del rey, a quien estas palabras le habían impresionado—. Me decía hace un momento que no se podía tener un efecto sin causa, pero el juego es una causa. Ya conoce el dicho: «Se empieza siendo incauto y se acaba siendo bribón». Y a veces se acaba siendo algo peor. Como lo que hizo el conde de Horn, que asesinó a un viejo usurero para robarle.

—Está dando una interpretación muy forzada a mis palabras —exclamó el médico protestando.

—Interpretar es lo que hacemos ambos —contestó con frialdad Carigniez—. Usted llega a la enfermedad desde los síntomas; yo llego al delito desde los indicios, a la prueba desde las sospechas.

El procurador del rey se levantó y, acercándose a Arturo, que durante toda esta escena había mantenido una actitud firme y callada, le dijo:

—Caballero, ¿tiene algún comentario sobre lo que acaba de oír?

—Ninguno, señor magistrado —contestó el joven con una emoción imposible de contener—. No me corresponde a mí rebatir la acusación que se me hace, ni tratar de deshacer el error del señor Gorsaz. En mi declaración he dicho la verdad. No tengo nada que añadir. Me rebajaría a mí mismo si trato de defender mi inocencia, que nadie aquí pone en duda.

Dirigió una expresiva mirada a la cama del anciano, que solo reaccionó a esta apelación del acusado con una sonrisa en la que manifestaba el triunfo de un odio pertinaz y de una venganza implacable.

—Lo sabe todo —se dijo Arturo— y busca mi muerte. La conseguirá

si, para salvarme, tengo que hacer que Lucía se pierda.

En ese momento, dos gendarmes recién llegados de La Réole pasaron delante de la ventana, por la que echaron un vistazo curioso. Al verlos, Bonnemain experimentó el terror instintivo que inspiran siempre a los malhechores los agentes de la autoridad. Aubián, por su parte, frunció el ceño y contrajo ligeramente sus labios.

—¿Estos hombres están aquí para llevarme consigo? —preguntó al procurador del rey con forzada ironía.

—Le puedo ofrecer un sitio en mi carruaje —respondió el magistrado, manifestando un respeto involuntario ante la noble actitud del joven acusado.

—¿Irán con nosotros? —prosiguió Arturo, más preocupado de la ignominia que del peligro de su situación.

—No, si me jura que no intentará huir.

Arturo sonrió con desdén.

—Solo hay dos clases de gente que huye, los cobardes y los culpables. Yo no estoy en ninguno de esos grupos, por tanto puede confiar en mi palabra de honor. Y ahora, permítame pedirle un favor aún.

—Dígame, caballero —dijo el magistrado.

—Marchémonos ahora mismo —contestó Aubián, que tenía prisa por alejarse de allí antes de que Lucía apareciera y pudiera ser testigo de una escena tan comprometedora para ambos.

—Como desee —contestó el procurador que acaba de cerrar su atestado y cuya presencia en la casa ya no era necesaria.

Por indicación del magistrado, todos salieron de la habitación. Los dos gendarmes esperaban en la puerta. Con el olfato de su oficio, se colocaron espontáneamente a un lado y otro de Bonnemain, que les parecía el presunto criminal.

—Señor magistrado —exclamó el presidiario exonerado—, diga a estos guardias que se equivocan. Puesto que está bien claro que soy inocente de todo esto, espero que me pondrá en libertad. Tengo trabajo que hacer en el jardín, y no soy un vago que descuide así como así mi tarea.

—La voz pública le acusa —respondió Carigniez—, y me veo en la obligación de mantenerlo provisionalmente detenido. Si no aparecen pruebas contra usted, será usted liberado en pocos días.

—Vaya una justicia —dijo el presidiario cuando vio que Aubián se instalaba en el coche al lado del procurador del rey—. El asesino va en carroza y el inocente a pie y entre dos guardias. Así es como los ricos se apoyan entre sí para oprimir al pueblo. Vosotros, si tuvierais sangre en la venas, ¿dejaríais que arrastren a la cárcel a uno de vuestros hermanos?

—Aquí no tienes ni hermanos ni primos, ¿te enteras, afanador de relojes? —le gritó Piquet con guasa.

—¡Viva la república! ¡Abajo los jesuitas! —bramó Bonnemain, quien intentando movilizar en su favor al estamento popular, le lanzó una tras

otra las dos provocaciones más hirientes que pudo concebir.

Nadie se movió entre los presentes, e incluso se oyó algún que otro abucheo. El presidiario, obligado por sus dos custodios a ponerse en marcha de una vez, se dio cuenta de que su situación no inspiraba simpatías entre sus antiguos compañeros. «Hubiera sido demasiado que me soltaran enseguida —se dijo resignadamente—. Esperemos que el viejo, que se ha portado tan bien hasta ahora, no vaya a cambiar su versión».

La salida de los dos detenidos había provocado entre los campesinos que se habían juntado delante de la casa un rumor que llegó a la habitación de Lucía. Aterrada de las voces que oía, la joven se acercó a la ventana y presenció el momento en que Arturo subía al coche del procurador del rey.

—¿Adónde va el señor de Aubián? —preguntó al médico que había subido a su cuarto unos momentos antes.

—A la cárcel, probablemente —contestó Mallet observándola atentamente.

—¡A la cárcel! —repitió Lucía.

—¿No estaba enterada de que era él el que quería matar al señor Gorsaz? Su marido lo ha reconocido formalmente.

La pobre, por toda respuesta, miró a su alrededor con expresión alelada. De pronto, palideció y cerró los ojos, dejándose caer en los brazos del doctor que parecía estar esperando esta reacción, pues sin inmutarse la depositó en un canapé y le aplicó los socorros habituales.

—Señor cura —dijo al viejo párroco que en ese momento entraba en el cuarto—, esta mujer tiene ya dos confesores.

V

Durante las seis semanas siguientes, el doctor Mallet tuvo que ocuparse, en casa de Gorsaz, no de uno, sino de dos enfermos. En pocos días el estado de Lucía se mostró más inquietante que el de su marido, quien, además de la debilidad de la edad y la gravedad de sus heridas, mostraba un apasionamiento incontrolado que le proporcionaba una energía victoriosa. Mientras el ultrajado marido, vengado a medias, se agarraba decididamente a una vida que no deseaba abandonar, su joven esposa, presa de un desaliento taciturno, parecía deslizarse hacia una muerte precoz y deseada. Se la veía cada vez más débil por efecto de una fiebre que tras agotar el cuerpo amenazaba con invadir el cerebro y quizá apagar su mente. Poco a poco, sin embargo, los perseverantes esfuerzos del médico triunfaron de un mal cuyas raíces no lograron arraigar gracias a la juventud de Lucía. La fiebre se extinguió antes de alcanzar el santuario del alma, como un incendio que, harto de edificios, se apaga solo a las puertas de un templo. Gradualmente la joven esposa recuperó sus fuerzas y conservó su razón, victoria infeliz de la ciencia, pues con su razón quizá hubiera perdido la conciencia de su desgracia.

El señor y la señora Gorsaz no se habían vuelto a ver desde el día del intento de asesinato. Separados el uno del otro, solo unidos por un cruel pensamiento común, habían apurado, en las largas horas de sus dolorosas vigilias, todo el poso envenenado del cáliz de las uniones mal emparejadas. El marido fue el primero que se encontró capaz de contravenir las rigurosas instrucciones que el médico había establecido. Una tarde, aprovechando la momentánea ausencia del criado encargado de atenderle, salió de su habitación y subió como pudo a la de Lucía. Con gesto autoritario despidió a la doncella, asustada por su inesperada presencia, y permaneció unos instantes inmóvil sobre el umbral de la puerta. Lucía estaba sentada o mejor dicho recostada en una tumbona, cerca de la chimenea. Al ver a su marido, no se movió, no desplegó los labios, y mantuvo la mirada fija en él con una expresión de horror pero no de espanto. Los dos esposos se miraron un rato sin decir nada. Estudiaron con sombría atención los estragos que la enfermedad y la aflicción habían producido en el otro. El anciano encontró marchita y descolorida a su joven esposa, normalmente llena de savia y lozanía. Lucía encontró bastantes arrugas nuevas en la cara de su marido, pero enseguida solo vio en él unos ojos iluminados por una pasión implacable.

—Tengo yo que venir a verte, puesto que tú no te animas a bajar —dijo el marido tomando asiento en el otro ángulo de la chimenea.

—Te habrán dicho, supongo, que yo misma también he estado enferma —contestó débilmente Lucía.

—De no ser por eso, no habrías dejado de estar conmigo, seguro —dijo

el anciano con tono irónico—. Sí, ya veo que has estado enferma. Te encuentro tan cambiada que me ha costado reconocerte al entrar. Has debido sufrir mucho, al parecer.

—Mucho —contestó la joven ahogando un suspiro.

—¡Sufrir, a tu edad! Qué injusto, ¿no es cierto? —continuó el señor Gorsaz acentuando su ironía con un deje de compasión—. Eso está bien para mí, que he vivido demasiado y solo me espera la tumba. Pero para ti, una niña, una flor, ¡tener que sufrir! Sí, comprendo que una suerte tan extraña te sorprenda y te contraríe. Yo soy el que tendría que cargar con todos los dolores, y tú con todas las alegrías. ¿Qué valen unas pocas gotas de sangre ya inútil comparadas con esas perlas amargas que dejan huellas en tus ojos? He sido demasiado egoísta, está claro. Yo tendría que haber llorado esas lágrimas junto con las mías, para que el brillo de tu belleza no se viera afectado. ¿Qué hubiera supuesto para mí una pena más?

El anciano dejó caer la cabeza sobre el pecho, y así permaneció antes de continuar.

—No me contestas —volvió a decir mirando fijamente a su mujer.

—No me has preguntado nada —respondió Lucía con tristeza.

—Tienes razón. Mi cabeza está ahora tan débil que no me acuerdo de lo que he dicho hace un minuto, o incluso creo haber dicho lo que solo he pensado. ¿Qué tenía que preguntarte? Ah, sí —siguió después de hacer como que recordaba—. ¿Te encuentras lo suficientemente restablecida como para resistir un viaje corto?

—¿Qué viaje? —dijo la joven ocultando su inquietud.

—Un viaje a Burdeos. Como ves, es solo un paseo.

—Y ¿qué tenemos que hacer en Burdeos? —repuso ella con voz alterada.

—Tenemos que asistir al juicio —contestó el marido con una indiferencia afectada—. He recibido hace unos días un requerimiento doble, para ti y para mí. Juzgan a ese, y tenemos que ir a testificar.

Lucía se levantó y se dejó caer ante las rodillas de su marido, cuyas dos manos cogió convulsa.

—Yo soy la culpable —le dijo con un tono al que la desesperanza daba una insólita energía—. He quebrantado mis juramentos, he olvidado mis deberes, te he engañado y traicionado. Soy una miserable indigna de perdón. No espero de ti ni gracia, ni piedad, ni misericordia. Puedes pisotearme que no me quejaré, puedes matarme que no me defenderé, no pido nada para mí, no quiero nada.

—¿Para quién pides entonces, qué es lo que quieres? —respondió con dureza el anciano.

—Lo que quiero —exclamó ella con renovada energía— es que no hagas pagar mi pecado a quien es mucho menos culpable que yo. Quiero que te desdigas de tu declaración, más cruel que un asesinato, pues el puñal solo se lleva la vida, mientras que el patíbulo junto con ella se lleva

también el honor. Si necesitas sangre, ¿por qué no me acusas a mí? Hay mujeres que matan a sus maridos. ¿Por qué no me haces pasar por una de esas mujeres? Denúnciame y lo confesaré todo: te verás libre de una criminal que te horroriza, y así no tendrá que morir un inocente.

—Todo muy heroico —dijo el señor Gorsaz con sorna pertinaz—, pero tengo una opinión demasiado buena de él para creer que acceda a salvar su vida al precio de la tuya. Su obligación de amante adorado es dejarse condenar a muerte sin decir palabra, y estoy seguro de que lo hará.

—Lo hará —repitió Lucía mirando orgullosa a su marido—. Pero tú, que te encuentras tan cerca de la muerte, ¿vas a mancharte ahora con un asesinato? ¿Acaso no crees en Dios?

—¡Vaya! ¿Entonces Aubián te ha vuelto creyente? —dijo el anciano.

—Sí, tienes razón. Escoge las palabras más crueles, atraviésame el corazón, véngate, pero solo de mí.

—¿Y dónde quedaría la justicia? ¿Por qué privilegio el más culpable debe quedar impune? No; para ti las lágrimas, para él la muerte.

—¡La muerte!

—Quizá la cárcel. No hay que verlo todo tan negro.

—Pero es inocente...

—¡Inocente! —repitió Gorsaz levantándose con un gesto brusco, haciendo que su mujer abandonara su actitud suplicante—. Según tú, solo delinque el asesino que te apuñala en el pecho. ¿Crees que el alma no tiene su sangre, similar a la del cuerpo? Me hace falta el precio de esa sangre de mi alma, porque ha sido derramada hasta la última gota. ¿No has entendido, Lucía, que yo te quería, que sobre esta tierra tú consistías en mi última, en mi única felicidad? ¿Y quieres que perdone? ¡Nunca!

Con un gesto decidido rechazó a la joven, que se quedó de pie a escasos pasos de él, con actitud pensativa y sombría.

En ese momento el doctor Mallet entró en la habitación.

—Es buena señal cuando el enfermo empieza a desobedecer al médico —dijo con impostado buen humor—. Sin embargo, señor Gorsaz, permítame decirle que no es prudente salir de su habitación.

—Pero tengo que acostumbrarme —contestó el anciano—. Dentro de quince días tendré que hacer un viaje al que no puedo sustraerme.

—Sí, cierto —dijo el médico mirando de soslayo a Lucía—: el juicio en Burdeos. Haremos el viaje juntos, porque yo también he recibido un requerimiento, aunque no tenga demasiado que aportar... ¿Vendrá también con nosotros la señora Gorsaz?

—Dado su estado actual —contestó el marido—, me temo que ese viaje no es prudente, y puede ser peligroso. Usted, como médico nuestro, no nos negará un certificado que yo pueda presentar al presidente del tribunal.

—Ya veremos eso —dijo el doctor con una sonrisa ambigua—. Gracias a Dios, la señora Gorsaz se encuentra en plena convalecencia, y una breve

excursión lejos de suponer peligro, le vendría bien. Pero ya lo decidiremos cuando llegue el momento. Mientras tanto, mi querido paciente, si es tan amable de bajar a su habitación, aquí tiene mi brazo. La señora lleva hoy levantada mucho tiempo y le conviene descansar.

Sin otro comentario, el señor Gorsaz se apoyó en el brazo del médico, y se despidió de su mujer con un saludo hipócrita. Ambos hombres abandonaron la habitación, a donde volvió solo el médico al cabo de media hora.

—Doctor, quiero ir a Burdeos —le dijo escuetamente Lucía, que parecía haber esperado su vuelta.

—Ya lo suponía, pero quería estar seguro —contestó el médico con una triste sonrisa.

—No certifique lo que le ha pedido mi marido —continuó la joven de un modo a la vez imperativo y suplicante.

—No podría hacerlo sin mentir a mi conciencia. Usted se encuentra lo suficientemente fuerte para resistir un viaje tan corto. No es el viaje lo que me preocupa, es la estancia.

Lucía se acercó bruscamente al médico y con una mano le tapó la boca.

—¡Por todos los santos, ni una palabra más! —le dijo—. A pesar de lo que haya podido ver, oír o adivinar, pues durante mi accesos de fiebre he debido hablar en alto, a pesar de lo que sepa usted ahora, no me diga nada. Tenga compasión de una mujer desdichada. Ayúdeme sin que tenga que avergonzarme. ¿Puedo contar con usted?

—Como con un padre —respondió el doctor Mallet con ternura. Y besó la mano que Lucía había puesto sobre su boca.

VI

El atentado sufrido por Gorsaz había producido en todo el departamento de la Gironda una conmoción que superaba a la de otros sucesos luctuosos de años precedentes. La edad y el patrimonio de la víctima; la consideración que gozaba en la región; el contraste entre los dos acusados: uno, hombre de mundo, enlazado con la mejores familias y conocido por sus excesos juveniles, el otro, presidiario recién salido del penal; por último, la enfermedad de la señora Gorsaz, comúnmente atribuida a una devoción conyugal que la diferencia de edad hacía más meritoria; todas esas circunstancias, sobre las que aún planeaba una incertidumbre misteriosa, habían suscitado la curiosidad de la gente. Todos deseaban conocer la clave de este sangriento enigma. En torno a los acusados giraban una serie de conjeturas, de posibles explicaciones, de comentarios, incluso de apuestas, apoyadas con tenaz obstinación por partidarios y oponentes. Había quienes se negaban a creer en la culpabilidad de Arturo, y esta opinión la sostenían la mayoría de las mujeres, quienes podían llegar a aceptar que un hombre apuesto e interesante pudiera haber cometido un crimen poético, pero no un delito vulgar.

—Es imposible —decían en Burdeos las damas a la última— que Arturo Aubián, con quien hemos bailado la pasada temporada, haya asesinado a un anciano. Un joven tan elegante, tan fino y tan cortés, y con un tipazo tan español, no ha intentado matar para robar. ¡Imposible!

Si hubieran acusado a Arturo de apuñalar a Gorsaz por motivos heroicos, por ejemplo para arrebatarle a su mujer, el caso, aunque espantoso, hubiera sido creíble. Incluso los espíritus novelescos no hubieran negado cierta conmiseración a un crimen tan ennoblecido por el apasionamiento. Pero acuchillar a alguien para poder hurgar en sus bolsillos, eso era impropio de un caballero. Esta era la creencia del sentido común femenino que, como es habitual, no andaba del todo descaminado.

El otro acusado, Bonnemain, tampoco carecía de defensores. De parte suya estaba, para empezar, la opinión de las clases populares, normalmente hostiles a la aristocracia, y que, entre dos acusados de estamento distinto, tiende a inclinarse por el menos favorecido. Luego estaban los amigos de la humanidad, los filántropos confesos, los emancipadores de negros y todos lo que se ocupan del futuro de las naciones y del progreso social, grupo en el que abundan las almas sensibles para las que una persona, perfectamente ignorada mientras solo sea inocente, se vuelve, si sale del presidio, un ser prodigiosamente valorado y recomendable. Este grupo despreciaba como bárbara frivolidad la postura que trataba de justificar a Arturo basándose en los penosos antecedentes del otro acusado. Esperaban con más impaciencia que los

demás el resultado del juicio, confiando en que la absolución de Bonnemain reforzara sus sermones contra los prejuicios que consideran como sospechosos evidentes a todos los desgraciados a quienes el presidio ha restaurado su rectitud moral.

Entre ambas corrientes de opinión se había formado una tercera: la de los hombres imparciales que, para poner a todos de acuerdo, suponían que ambos detenidos eran culpables por igual, y anticipaban un veredicto del jurado que proclamaría su innegable complicidad. Esta tercera corriente, nada inocua, no dejaba de enmarañar el asunto en lugar de resolverlo.

Así pues, mientras que el crimen y el juicio ocupaban todas las conversaciones en veinte leguas a la redonda, en ambas orillas del Garona, la instrucción proseguía con la intensidad requerida por la gravedad del delito y la proximidad del juicio. Los detalles de la investigación parecían orientarse a favorecer la exoneración del presidiario a costa del enamorado. En los diversos interrogatorios, ambos detenidos mantuvieron las negativas sistemáticas de sus primeras declaraciones. Pero a medida que los nuevos hechos desvelados por el procedimiento favorecían a Bonnemain, resultaban abrumadores en contra de Arturo. Nadie salvo este, que lo negaba, había visto en el momento del atentado al presidiario, quien, detenido a primera hora en el camino de Burdeos, no había tenido dificultad en explicar su periplo matinal. Declaró que sospechando que sus compañeros de trabajo habían descubierto su condición de penado, había temido que lo denunciaran a la justicia por haber quebrantado su condena. Para evitar ser detenido decidió abandonar la región, y por eso se puso en camino de noche, con el fin de que no se notara su marcha. Las monedas de oro que llevaba consigo eran sus ahorros, y la suma no era tan elevada como para considerar inverosímil su afirmación. Además no había huellas de sangre en su ropa, bien porque entremedias hubiera cambiado de atuendo, bien porque hubiera conservado la serenidad suficiente para evitar cualquier mancha incriminante. Por último, sus manos, inspeccionadas escrupulosamente, se habían hallado limpias, sin indicios de haber sido lavadas recientemente: el astuto presidiario no quiso dar pábulo a las sospechas que hubieran suscitado una limpieza poco habitual entre los jornaleros, gente más bien reacia a las abluciones, y gracias a una ingeniosa previsión para evitar ulteriores e imprudentes lavatorios, para matar se había puesto guantes. En cuanto al cuchillo utilizado en el homicidio, ningún testigo lo había visto antes en manos del detenido, quien, de no ser por sus antecedentes carcelarios, probablemente habría sido puesto en libertad por falta de pruebas.

Mientras la inocencia de Bonnemain parecía más evidente a medida que avanzaba la instrucción, Arturo veía amontonarse contra él cargos cada vez más serios que hubieran bastado para considerarle culpable incluso sin la categórica declaración de Gorsaz contra él. No se pudo determinar que el cuchillo le perteneciera, pero, descartada esa prueba,

aún quedaban indicios que lo incriminaban. La cuerda con nudos fue reconocida por un cordelero de La Réole, que declaró habérsela vendido a Aubián unos meses antes. De ahí se seguía que la entrada de Arturo en el parque había sido premeditada y no casual, y por ello los instrumentos materiales de la escalada se convertían en pruebas de cargo contra él. También se constató que Gorsaz había recibido en Burdeos un pago de unos veinte mil francos y que los había cambiado inmediatamente en oro, y que Aubián, acompañante del anciano, estaba al tanto de ambos hechos. Al investigar la vida anterior del acusado, pudo averiguarse que pocos años antes había perdido sumas considerables en el juego, habiendo contraído deudas superiores a lo que su patrimonio aparentemente podía cubrir. En el registro realizado en su domicilio, no se encontró apenas dinero. Todas esas circunstancias, hábilmente agrupadas y mutuamente conectadas por los habituados a las sutiles deducciones de la lógica judicial, llevaban a una conclusión inexorable: Arturo de Aubián, arruinado por el juego y no encontrado quién le prestara dinero, había decidido cometer un robo que circunstancias fortuitas transformaron en homicidio. Esa era la opinión de los juristas más indulgentes; los más draconianos veían claramente probada la premeditación tanto en el asesinato como en el delito menor.

Tales eran la situación de la causa y el estado de la opinión pública al abrirse la vista en la capital del departamento. Unos días antes, los acusados habían sido trasladados desde los calabozos de La Réole a la prisión central de Burdeos. Algo más tarde llegaron a esta ciudad los testigos, a la cabeza de los cuales se encontraban Gorsaz y su mujer. El desenlace inminente de este drama, que desde hacía dos meses ocupaba la atención general, hizo que la curiosidad pública creciera hasta el paroxismo. Las revelaciones del sumario disminuyeron los partidarios de Arturo, y solo las mujeres le eran fieles: cuanto mayores eran los indicios acusadores, mayor era el empeño que ponían en defenderlo.

—¿Qué quieren demostrar con todas esas artimañas? —decían las más entusiastas—. Le han visto perder dinero con las cartas, eso solo quiere decir que no tiene suerte en el juego. Tiene deudas, y no puede ser de otro modo si tiene vida social y no es rico. Y parece que a veces utilizaba una cuerda para escalar, pues ¡vaya un crimen! ¡Pobre muchacho!

En particular, la cuerda de escalada había contribuido notablemente a mantener en el corazón de las partidarias de Arturo el interés hacia el imputado. Incluso en el seno del órgano jurisdiccional un partido se pronunció a su favor.

—Si te pones en su contra, no te lo perdonaré nunca —dijo a su marido la mujer del fiscal encargado de la acusación.

—Por supuesto que me pondré en contra —contestó el magistrado—, porque estoy tan convencido de su culpabilidad como si le hubiera visto con mis propios ojos cometer el crimen.

—Y yo, aunque lo hubiera visto, no me decidiría a creerlo.

—Menos mal que, para la salud del orden social, las mujeres no pueden ser miembros del jurado —replicó el fiscal encogiéndose de hombros—. Con ellas dentro, no habría modo de condenar a un culpable que tuviera veinticinco años, cabellos rizados y un traje elegante.

El caso Gorsaz se había reservado para la última vista. Los robos, los atentados a la moral y a las costumbres, las falsificaciones, los homicidios sin premeditación y otros delitos menores que solo conllevaban penas de prisión, fueron juzgados antes sin que a nadie, excepto a los profesionales de la justicia y a algunos incondicionales de los juicios, les llamara la atención. Pero cuando llegó el momento de juzgar a los detenidos cuyo nombre estaba en todas las bocas, la sala del tribunal resultó demasiado pequeña para la multitud que trataba de asistir. Los asientos numerados invadieron casi en su totalidad el espacio asignado al público. Muchos jóvenes que conocían a Arturo querían ver su aspecto en el banquillo. Unos por favoritismo, otros por llevar la toga de abogado en prácticas, se colocaron ruidosamente en los bancos que quedaban detrás de los jueces, y si no, en cualquier otro lugar donde hubiera sitio. El presidente reservó con galantería una parte de la bancada para las damas, y allí se apretujaron, con agitación y murmullos, como abejas en colmena. La noche anterior, la mayoría había lanzado ramos de flores a la Taglioni, que actuaba en Burdeos; ahora, con la cara medio tapada por el velo de sus sombreros (en un tribunal el velo es de rigor, como lo es el ramo en el teatro), con sus frascos de vinagre en los bolsillos, con el pañuelo en la mano listo para la efusión de lágrimas, se preparaban para emociones más patéticas que las ofrecidas por la diva.

La entrada simultánea de jueces y detenidos suscitó en ese brillante auditorio una sacudida similar a la de los fenómenos eléctricos. La concurrencia al completo se levantó a la vez, de golpe, y ocurrió que las mujeres resultaron ser más altas que los hombres, pues todas, hasta las más tímidas, se subieron encima de sus sillas. El público de las filas de atrás protestó con gritos enérgicos contra esa muralla de sombreros y chales que ocultaba el espectáculo tanto tiempo esperado. Pasó algún tiempo antes de que los ujieres pudieran restablecer el orden e imponer silencio. Por fin la concurrencia femenina consintió en sentarse, y el encopetado grupo se desplomó sobre sí mismo como las olas del mar cuando cesa la tormenta.

Todas las miradas permanecieron fijas en los detenidos, los cuales, debido al principio de igualdad ante la ley, tuvieron que sentarse juntos, el hidalgo al lado del presidiario, en el denigrante banquillo de los acusados. Dos meses de cautiverio, que podían terminar en el patíbulo, habían dejado sobre el rostro de Arturo huellas visibles y profundas. El joven elegante que, el invierno pasado, había conseguido en los más brillantes salones de Burdeos una aceptación generalizada gracias a su buena

presencia y a su fino ingenio, apareció ante sus conocidos pálido, escuálido, derrotado y mostrando en sus facciones el sello de una fatalidad a la que se sometía, aun comprendiendo su carácter funesto. Pero si su tez había perdido el color y sus ojos ya no mostraban el fuego que las mujeres solían encontrar en ellos, su compostura no había perdido nada de su aplomo y de su nobleza. Sin dignarse mirar al sujeto con el que se le había emparejado, ni al auditorio boquiabierto cuyo parloteo le parecía el ruido de la jauría ante la carnada, intercambió algunas palabras con su defensor, cuya amistad y devoción le constaban desde hace tiempo; luego se sentó con calma y permaneció en una actitud seria e imperturbable, aparentando indiferencia ante lo que iba a suceder.

—La verdad, el guapo Aubián ya no merece ese título —dijo a uno de sus vecinos un joven que también mantenía pretensiones a la guapura.

—No creo que el pobre esté en su elemento —respondió otro que había sido amigo de Arturo—. Culpable o no, me disgustaría que lo condenaran. Aunque ¡a quién se le ocurre asesinar a un viejo! Hay otros medios de hacerse con dinero.

—¿Qué medios?

—Cualquiera de las mujeres aquí presentes se lo hubieran prestado.

—¡Lo dudo! Las mujeres dan pero no prestan —dijo un tercero con tono sentencioso.

—¿Y no es lo mismo?

—Infamia por infamia —dijo el guaperas con tono mojigato—, yo preferiría el robo.

—La señora de Chamesson ¿ha venido? —le preguntó el amigo de Arturo, quien, al mencionar inopinadamente el nombre de esta mujer rica y caduca, tapó la boca al presumido.

Para aparecer ante los miembros de jurado, Bonnemain, que no ignoraba la influencia que ejerce sobre ellos la buena presencia de los detenidos, había utilizado en su atuendo todos los recursos al alcance de su físico y de su condición. Llevaba ropa nueva gracias a los diez luises de Gorsaz, estaba recién afeitado, adoptaba una actitud modesta y mantenía la mirada baja y las manos sobre las rodillas, con una compostura en el banquillo tan serena y comedida que más de un espectador comentó a su vecino:

—¡No es posible que sea un antiguo presidiario! Con ese aspecto, es para llevarle al cielo sin confesión.

La selección por sorteo de los miembros del jurado, la lectura del auto de remisión y del acta de acusación, el interrogatorio de los acusados y los testimonios de algunos testigos ocuparon la primera sesión sin que el interés del auditorio se relajara. El drama solo apareció realmente al día siguiente, cuando del reservado de los testigos salió, pálido y débil, un anciano de cabellos canos, aspecto imponente y fisonomía tranquila aunque adusta, cuya presencia originó en los espectadores de todas clases

un murmullo de respeto y de conmiseración. Era Gorsaz.

VII

Desde hacía dos meses, el sanguinario resentimiento en el que se reconcentraba la última energía de un ser cercano a la tumba no se había debilitado, aunque había sufrido algún que otro cambio por efecto del tiempo y de la reflexión. El arrebato furioso, la sed insaciable, el ávido frenesí que al principio consideraban como una cobarde impunidad cualquier demora en la venganza, fueron reemplazados por una determinación fría, paciente, inexorable y tanto más terrible cuanto que, en lugar de expresarse, se refrenaba. De tanto hervir en el corazón, ese crisol de carne más ardiente que una fundición, las pasiones más desordenadas terminaron por rechazar las escorias que hubieran podido alterar su temple. La última fase de ese proceso de refinado es la hipocresía, potencia milagrosa que hace ganar en profundidad lo que disimula en superficie, y cuya expansión, cuando al final se libera, es como la explosión de una mina.

Gorsaz había comprendido la necesidad de contener su venganza para hacerla efectiva. Cuando apareció ante el jurado, su fisonomía y su aspecto estaban dispuestos con un arte propio del actor más refinado. En vez de dejar ver el odio que rezumaba en su corazón, sus ojos, cuando miraron a Arturo, expresaron una dolorosa compasión que conmovió vivamente al auditorio. En esa mirada, en la que esperaba encontrar un rabioso rencor pero no una compasión mendaz, Aubián captó que estaba irremisiblemente perdido, y solo respondió con una amarga sonrisa a la pose de magnánimo perdón que adoptaba la víctima. A continuación, los ojos de Gorsaz se deslizaron sobre el presidiario sin detenerse, pero pese a su rapidez, ese movimiento fue tan expresivo que, para ocultar la impresión que le produjo, Bonnemain volvió la cabeza y la mantuvo caída durante un momento.

«Este es un buen tipo —se dijo—. Estaba seguro de que no me iba a crear problemas. Debe estar contento por conseguir que al mocetón le corten la cabeza. Yo hubiera hecho lo mismo, de estar casado. Cuando pienso que he querido hacer daño a este viejo tan amable, me da rabia. Pero, caray, ¡cómo resistirse cuando le dicen a uno: “Si me quitas de en medio a ese fulano, tendrás diez mil francos”, y encima me enseña que tiene veinte mil en ese maldito secreter que no se ha dejado abrir! Entre diez mil y veinte mil, ¿quién duda?».

Se hizo el silencio más profundo mientras Gorsaz respondía a las preguntas rituales del presidente del tribunal. Cumplida esa formalidad, el anciano se sentó en un asiento colocado delante de los jueces, y se volvió hacia el jurado. Con voz grave y seria, dejando ver la desazón que siente un alma generosa cuando tiene que hacer de acusador, repitió literalmente la declaración que había hecho el día del atentado, cuyo tenor afirmaba

que estando dormido en el momento de recibir las primeras cuchilladas, antes de perder completamente el sentido pudo reconocer claramente al asesino, ya que este había encendido una vela para forzar el secreter.

—Mire a los acusados —dijo el presidente al testigo—. ¿Está usted seguro de que la persona que reconoció en aquel lugar es Arturo de Aubián?

El anciano se volvió hacia los detenidos y mantuvo sobre el amante de Lucía una mirada triunfante disimulada con una expresión de piedad admirablemente fingida.

—Sí, es él —dijo exhalando un suspiro—. No puedo dejar de reconocerle.

Un rumor general y prolongado siguió a esta declaración. Solo Arturo se mantuvo aparentemente imperturbable, con una sonrisa displicente en los labios.

—Señor presidente —dijo uno de los jurados cuando se logró restablecer el silencio—, desearía que el testigo nos diga si antes del atentado existía algún motivo de enemistad entre él y el acusado.

Esta pregunta suscitó un vivo interés sobre todo entre el público femenino, que viendo establecida la culpabilidad de Arturo no podía admitir que el móvil fuera el robo. El propio acusado se sonrojó ligeramente ocultando una cierta inquietud, pero Gorsaz había anticipado las posibles preguntas, y esta no le causó ni sorpresa ni confusión.

—El señor de Aubián y yo somos vecinos rurales desde hace mucho —contestó— y nuestras relaciones siempre han sido de confianza, de cordialidad e incluso me atrevo a decir de amistad. Por mi parte, al menos, esos sentimientos no han desaparecido pese a la sangre derramada: lo noto en la tristeza y pesar que siento desde hace dos meses. Este desgraciado suceso me ha causado un daño moral aún mayor que el padecimiento físico.

La voz alterada del anciano y la tristeza de sus rasgos provocaron en el auditorio un nuevo murmullo de conmiseración.

—Por tanto —replicó el presidente—, no conoce usted a qué causa puede atribuirse el atentado que ha sufrido.

—La causa —respondió Gorsaz melancólicamente— es, según yo creo, esa lamentable pasión por el juego que ha hecho que se pierdan tantos jóvenes dignos de un destino mejor. El señor Aubián jugaba mucho y la suerte no le acompañaba; mis consejos no lograron apartarle de este abismo en el que cada día se hundía más. En un momento de desesperación habrá pensado en el dinero que me había visto cobrar unos días antes. ¡Por qué no me lo pediría el pobre, en vez de tratar de hacerse con él de un modo tan lamentable! Si hubiera confiado en mí, si hubiera pensado en que la bolsa de un amigo estaba a su disposición, no hubiera sucedido este suceso fatídico y no estaríamos aquí los dos, yo desquiciado de ser su acusador, él...

El anciano enmudeció como si la emoción le hubiera dejado sin palabras, y su mano, que acababa de señalar a Arturo de un modo lastimoso, cayó abatida sobre sus rodillas.

Esta declaración tan conmovedora, acompañada de una mímica cargada de dolor paternal, produjeron en los espectadores, e incluso entre los jueces y los jurados, una de esas reacciones emocionales que sienten las almas honestas cuando presencian una acción heroica. Gorsaz, apiadándose de su asesino en vez de maldecirlo, se mostraba a los espíritus religiosos como un virtuoso seguidor de los preceptos evangélicos. La mujeres en particular, seducidas por una grandeza de espíritu realzada por los largos cabellos blancos, por la palabra sentida, por los ojos expresivos pese a la edad, en una palabra, por todos los accesorios dramáticos que ellas valoran en la virtud, transfirieron al magnánimo anciano el interés que la mayoría había reservado hasta ahora al joven acusado.

—¡Qué guapo ha debido ser hace cuarenta años! —exclamó alguna en un arranque espontáneo.

—Lo sigue siendo —respondió la de al lado, participando de tal admiración—; la belleza moral no tiene edad. ¡Qué generosidad, qué nobleza! Entiendo ahora que su esposa haya enfermado gravemente al ver que podía perderlo.

—Es el rey Lear —observó una romántica devota de Shakespeare.

Otras se encargaron de repetir en voz baja esta expresión, transmitida boca a boca incluso por quienes no la entendían.

—¿Tiene algo que decir sobre la declaración del testigo? —preguntó el presidente del tribunal a Aubián.

El acusado se levantó y pareció luchar contra una tentación que finalmente logró rechazar.

—Debo repetir —dijo— en defensa de mi fama, pues no solo defiendo mi vida, que soy inocente del crimen de que se me acusa. En cuanto a la declaración del señor Gorsaz, no me corresponde a mí examinarla. Que la justicia se pronuncie; cualquiera que sea la decisión del tribunal, yo la acataré.

Esta manifestación pareció fría y forzada, y no fue acogida favorablemente.

—Así no se expresa un inocente —comentaban entre ellos buena parte de los asistentes—. Uno no acata una condena injusta, uno se indigna. Una resignación tan inesperada confirma la acusación en vez de rebatirla: este hombre es culpable, lo lleva escrito en la cara.

Terminada su declaración, Gorsaz vino a sentarse con los demás testigos recogiendo en su recorrido indicios respetuosos del interés que había suscitado. Las conversaciones y comentarios interrumpieron la audiencia durante un momento, pero de pronto todos los murmullos se mutaron en un silencio sagrado. El presidente acababa de pedir en voz

bastante alta:

—Llamen a la señora Gorsaz.

Un ujier salió de la sala y volvió casi al momento precediendo a la joven testigo, en el acto convertida en objetivo de la curiosidad general. Con la cabeza alta, la cara encendida por la fiebre y el aire decidido, avanzó con seguridad hasta el borde del estrado en que se colocaban los testigos para declarar. Allí se paró, al parecer sin oír las interpelaciones del presidente. Su mirada recorrió, con inesperado aplomo, el auditorio que se apretaba más abajo y, al llegar al banquillo de los acusados, se detuvo en Aubián adquiriendo entonces una expresión indecible de agobio, de amor y de desaliento. Con gesto frenético pero no involuntario, Lucía extendió los brazos hacia su amante exclamando:

—Arturo, aquí estoy.

Este grito de socorro, violento como el rugido de una leona herida, provocó una sacudida eléctrica en las conciencias de esta multitud ávida de emociones, que en este momento las obtenían más allá de lo esperado. En medio del pasmo general, dos personas, el marido y el amante se levantaron temblando, uno de ira y el otro de ternura.

—Ese es un rasgo de demencia —gritó el señor Gorsaz—. No se puede aceptar el testimonio de una enajenada.

—¡Enajenada! —proclamó Lucía, mirando desafiante a su marido y volviéndose hacia el tribunal—: pregúnteme, señoría, y verá si estoy enajenada, si no entiendo sus preguntas, si no contesto de un modo razonable. ¡Enajenada! Puede que no me falte mucho, pero ahora estoy cuerda, sé lo que hago y lo que digo.

—Señora, cálmese, por favor. Voy a interrogarla —dijo el presidente que había creído percibir en los ojos de Lucía un brillo malsano de perturbación que podía exacerbar las pesquisas.

—Señor presidente, me opongo a este interrogatorio —saltó Gorsaz con voz alterada—. Puedo probar que la razón de mi pobre mujer, desde hace algún tiempo, está perturbada. El doctor Mallet, su médico, y que también está aquí como testigo, puede certificar este hecho.

—Doctor Mallet, por favor, acérquese —dijo el presidente— y compruebe si la señora Gorsaz está en disposición de sostener un interrogatorio.

Lucía sonrió al médico mientras subía los escalones del estrado y le tendió la mano, cuando estuvo cerca, como gesto de confianza. Dueño de un secreto descubierto por su sagacidad, el doctor habría dejado que Arturo se condenara antes que destruir a una mujer por la que sentía, desde mucho, un apego casi paternal. Pero no llevó sus sentimientos caballerescos hasta el punto de salvarla de sí misma tapándole la boca. «Se trata de la vida de un hombre —pensó—. Si tanto le quiere como para sacrificarle su honor, ¿quién soy yo para impedírselo?».

Tomó el brazo de la joven para examinarle el pulso, formalidad

innecesaria que no le dijo sino lo que ya sabía.

—La señora sufre un estado febril agudo —dijo en medio de un silencio tan profundo que parecía que toda respiración se había detenido —. Desde hace dos meses ese es su estado habitual. Una de las características de esta dolencia, sobre la cual aún no ha triunfado la ciencia, es una sobreexcitación anormal que la menor emoción puede aumentar de un modo inquietante. Pero esta irritabilidad del sistema nervioso no llega aún, ¡gracias a Dios!, a perturbar la mente. La señora Gorsaz, como ella misma acaba de decir, goza de un dominio pleno de su razón, y estoy convencido que ella es capaz de comprender las preguntas que se le hagan, así como el alcance de sus propias respuestas.

El auditorio acogió el dictamen del médico con un murmullo de satisfacción y se preparó, con cruel frivolidad, a saborear el escándalo del que por un instante temió verse privado. Gorsaz, fuera de sí, quiso subir al estrado para llevarse a su mujer, pero los guardias le impidieron el paso, tras lo que volvió a sentarse, con la cara entre las manos, aparentemente anonadado. Arturo, sobre el que Lucía tenía los ojos ardientemente fijos, le suplicó con la mirada que no dejara ver tanto un amor cuya confesión la deshonraba. Como respuesta a este ruego solo obtuvo un gesto apasionado que mostraba su decidida determinación de salvarle o de perderse con él.

VIII

Entre tanto, un vivo debate se había encendido entre los jueces, cuya sagacidad no había previsto este incidente novelesco. En interés de la moral pública, el presidente quería cancelar el interrogatorio de la señora Gorsaz, que no podía aportar ninguna aclaración sobre el hecho material del intento de asesinato. Logró que sus colegas fueran de su opinión, pero el fiscal, cuyo consentimiento era necesario, no estaba dispuesto a renunciar a la agravante de adulterio que, injertada en una acusación capital, prometía dar lugar, con ayuda del ministerio público, al proceso penal más sonado del tribunal de Burdeos en el último decenio. Consultado por el presidente, el fiscal afirmó que la declaración de la testigo le parecía indispensable.

Durante esta discusión Lucía había permanecido de pie sin moverse, mirando obsesivamente a Arturo como si no pudiera tener bastante tras una separación de dos meses. La dignidad de su pose en tal circunstancia parecía signo de una energía viril o incluso sobrehumana, salvo por un temblor apenas perceptible que la obligaba a apoyar la mano en el sillón que le habían traído. En ese temblor se dejaba ver su carácter de hierba que debía inclinarse ante el viento en cuanto faltara la savia que la mantenía erguida.

La joven contestó con lucidez y hasta con tranquilidad a las preguntas de rigor que le formuló el presidente. Cuando la invitó a decir al jurado todo lo que sabía sobre el atentado perpetrado en la persona de su marido, ella guardó silencio un momento, no porque una timidez vulgar hiciera vacilar la determinación de su heroico corazón, sino para reagrupar en ese momento decisivo todas sus fuerzas, que estaban a punto de abandonarla.

—He entrado aquí gozando de buena reputación, pero voy a salir envilecida —dijo por fin con voz alterada pero vibrante—. No importa, entre mi honor y su vida no puedo dudar. Desde hace diez meses Arturo de Aubián es mi amante... Arturo de Aubián es mi amante —repitió con inconmovible energía acallando con imperioso gesto los rumores suscitados por sus palabras—. Desde hace diez meses suelo recibirlo en mi habitación por la noche. En el momento del crimen, lo estaba esperando. Si le encontraron en el parque, es porque no hay otro camino hasta mi habitación. Arturo es mi amante, lo repito. ¿Quién se atreverá aún a decir que es un asesino?

—Yo —dijo Gorsaz levantándose furioso.

—¡Mientes! —gritó Lucía, fulminando a su marido con la mirada—. Esta persona miente —continuó señalándole con la mano—. Le he sido infiel y lo sabe, y si acusa a Arturo de un delito de sangre, es para vengarse. Le había propuesto que me acusara a mí, y yo no lo hubiera negado, pero no ha querido. La sangre de una mujer no le es suficiente, él

quiere la de Arturo, la del hombre que yo quiero, no diré más que a mi vida, que sería poco, sino más que a mi honor.

Lucía paró un momento y paseó la mirada por la parte de la sala ocupada por las mujeres, entre las que reinaba una viva agitación y cuyos cuchicheos censuraban una confesión tan contraria a las buenas costumbres.

—¡Habláis de falta de pudor! —les dijo con amarga sonrisa—. Y a pesar de vuestra falta de compasión, no os deseo a ninguna que lleguéis a ser tan desdichadas como para descubrir que hay algo más poderoso que el pudor, y es la desesperación. Si no hubiera por medio una pena de muerte, ¿pensáis que iba a destapar mi vergüenza ante vuestras críticas? Pero os digo que le quieren matar. Para que no os escandalicéis de mí, ¿tengo que dejarle morir?

Tras esta últimas palabras, Lucía se tambaleó y cerró los párpados, y una fúnebre palidez sustituyó en su rostro la febril coloración mostrada hasta entonces. La energía extraordinaria que la había sostenido desapareció súbitamente como una llama que se sopla. El doctor Mallet, que desde el pie del estrado vigilaba preocupado a la joven, se lanzó hacia ella y la sostuvo en sus brazos justo cuando empezaba a desplomarse. Con la ayuda de otras personas, Lucía fue llevada a la sala de los testigos, donde permaneció inconsciente para luego pasar del desmayo a las peores convulsiones nunca sufridas en el curso de sus crisis nerviosas.

—Se suspende la sesión durante media hora —proclamó el presidente que apenas lograba hacerse oír entre el revuelo suscitado.

Estas palabras terminaron por desencadenar la tempestad, y la sala adquirió el aspecto de un mar embravecido. Cientos de conversaciones bramaban a la vez, siendo la actitud de la señora Gorsaz el hilo conductor de los comentarios más vehementes y de los más mordaces. Unos la encontraban demente; otros, horrible; sublime incluso para algunos. Por lo general la gente mayor era de la primera opinión, las mujeres de la segunda y los más jóvenes de la tercera.

—¡Qué suerte tiene este Aubián! —clamaba uno de estos últimos.

—¿Suerte? ¡La de estar en el banquillo! —contestó con sarcasmo un hombre de edad.

—¡Bueno, y qué! ¿Acaso inspirar una pasión semejante no vale por todas las humillaciones y por todas las penas? A pesar de la ignominia y del oprobio, estar en el banquillo es ocupar un trono para quien logra reinar sobre un corazón tan noble. ¡Cuando te quieren así, ya solo queda morir!

La mirada extática del joven derivó esta proclama sentimental hacia una gentil rubia al alcance de su voz, cuya coquetería le mantenía desde hacia seis meses en el banquillo, a la espera del trono.

—Ser amado es algo deseable, no hay duda —replicó el hombre mayor —, pero ¡morir!..., ¡y en el patíbulo!... En fin, no lo quiero para mí.

Al reanudar la sesión, el presidente anunció que la gravedad del estado de la señora Gorsaz había exigido que la llevaran a su domicilio, y que correspondía a la acusación y a la defensa interpretar la declaración testifical como les conviniera, y al jurado valorarla.

—Ya no hay más testigos —dijo a continuación—. El señor fiscal tiene la palabra.

En los debates legislativos y judiciales, los incidentes inesperados se vuelven escollos insalvables donde zozobran los oradores del montón cuyas luces se apagan ante los imprevistos; pero no ocurre lo mismo a los oradores selectos que dominan el arte de improvisar. El representante del ministerio público era un bordelés que, como es habitual entre sus paisanos, fusionaba en una sola la facultad de pensar y la de hablar. En la situación presente, sin exteriorizar incomodidad alguna por un acontecimiento que alteraba el cariz del proceso, desplegó su acusación tal como la había preparado en el silencio su estudio. Con la paciencia incansable de una hormiga, brizna a brizna, grano a grano, amontó sobre Aubián una montaña contra la que no hubiera bastado toda la fuerza demoledora de un Hércules. Y cuando la acusación le pareció suficientemente abrumadora e inconmovible, añadió de golpe, como un mazazo terrible y una culminación imprevista, la declaración de la señora Gorsaz.

—En el colmo de la desolación —exclamó con tono patético—, un anciano honorable, un marido cruelmente ultrajado, nos ha dicho: ¡Esta mujer está loca! Noble y triste mentira que no me atrevo a censurar, pero mentira al fin y al cabo. No, señores, esta mujer no está loca, y así lo declara su médico. Esta mujer no está loca, a menos que consideréis locura el irrefrenable arrebato de una pasión adúltera que, con la cabeza bien alta y la mirada insolente, ha venido a desvelarse en este santuario de la justicia gracias a la lamentable escena que aún ocupa dolorosamente la atención de los presentes. Echando por tierra cualquier consideración, cualquier pudor, la señora Gorsaz ha creído exonerar al que ella llama su amante. Esta infeliz mujer no ha sabido ver que, en vez de ser un descargo, su deshonor añade a la acusación una nueva prueba, quizá la más decisiva de todas. En efecto, ¿qué prueba esta declaración inaudita? Prueba que antes de mancillar la casa del señor Gorsaz con el homicidio, el acusado ya la había mancillado con el adulterio, preludiando un delito con otro. Lo cual no es nada nuevo: *Nemo repente turpissimus*. Y con esta vergonzosa confesión que acaba de producirse a plena luz del día ¡se pretende ocultar la sangre derramada! No, señores, la sangre permanece bajo el lodo, y nada nos impedirá seguir su pista, desde la víctima hasta el asesino.

El fiscal continuó en ese tono durante largo tiempo, acompañando su elocuencia con gesticulación vehemente y vibrante declamación. De las inducciones pasaba a la oratoria desbocada, de los argumentos a las

llamadas a la pasión, logrando que la culpabilidad del acusado irradiara como un siniestro astro luminoso que solo un ciego podía no ver. Al final de la perorata, Arturo mismo llegó a convencerse de que había querido asesinar a Gorsaz no solo para robarle el dinero, sino para casarse con su adúltera mujer, un excelente partido, una vez viuda, para un jugador arruinado. Este elocuente alegato produjo en los asistentes una impresión bien perfilada que el abogado de Arturo no logró destruir en su turno. En vano invocó en favor del acusado la confesión de Lucía, que explicaba con tanta naturalidad las circunstancias que el ministerio público había transformado en contundentes acusaciones; en vano intentó establecer que el testimonio de Gorsaz solo era una calumnia inspirada por sentimientos de venganza. En su réplica, aún más fulminante que su primer alegato, el fiscal pulverizó todo el armazón levantado por la defensa.

Los miembros del jurado, entre los cuales solo se contaban dos solteros, al ver en el acusado un seductor de mujeres casadas, no encontraron motivo para ser indulgentes. Para ellos la infidelidad conyugal era un delito añadido, no una eximente. Después de larga y sesuda deliberación, por mayoría de nueve votos contra cinco emitieron un veredicto por el que Arturo de Aubián era culpable de tentativa de homicidio con premeditación, acompañada de tentativa de robo. Bonnemain, contra quien no hizo ninguna acusación el fiscal, fue absuelto por unanimidad.

Pese a que la noche había llegado, casi todo el auditorio permanecía en su sitio esperando el desenlace. Se hizo salir a los acusados mientras el jurado leía su veredicto, y luego se les reintrodujo para la lectura de la sentencia, que escucharon impasibles y silenciosos. El presidiario solo manifestó su alegría con un gruñido gutural, provocado por una respiración liberada de la angustia.

—Me bebería muy a gusto un vaso de agua, o incluso de vino —dijo al guardia que estaba a su derecha.

Arturo acogió con serena firmeza el veredicto del jurado, pero cuando el presidente dio lectura a la sentencia del tribunal que le condenaba a veinte años de trabajos forzados, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se le vio anonadado durante un cierto tiempo.

—Alfonso —dijo por fin a su defensor, sentado delante de él—, has hecho por mí lo que has podido, y te doy las gracias. Pero el momento ha llegado, recuerda tu promesa.

—¡No es una sentencia de muerte! —contestó el joven abogado, cuya cara se puso lívida.

—Es una sentencia de mil muertes —replicó el condenado con energía —. ¿Quieres que vaya a la cárcel? Recuerda lo que me has prometido, repito. No has podido salvarme la vida, sálvame el honor.

Se inclinó sobre su amigo, sus manos se encontraron y se dieron un largo y enigmático apretón. Al reincorporarse, Arturo vio de pronto salir

desde la multitud una figura demacrada y siniestra cuya mirada buscó la suya con expresión triunfal. El condenado devolvió a esa encarnizada mirada una sonrisa tranquila y sosegada propia de una persona más fuerte que su destino.

—Señor Gorsaz —dijo con voz firme—, míreme bien para que se acuerde de mí en la hora su muerte.

Dicho esto, Arturo apoyó en su pecho la punta de un puñal que le había entregado su amigo, y con mano segura lo clavó hasta el corazón. Aún permaneció de pie un instante, con los ojos desmesuradamente abiertos sobre el horrorizado anciano, y luego se desplomó de repente, como un árbol talado por el hacha.

Un grito de pavor surgió en muchas gargantas.

—¡Muerto! —exclamó el doctor Mallet, quien había sido de los primeros en precipitarse sobre quien no era ya más que un cadáver—. ¡Ella loca y él muerto! ¡Dios mío, que tu justicia sea para ambos más piadosa que la humana!

—¡Muerto del todo! —dijo a su vez Bonnemain inclinándose sobre el joven tendido a sus pies—. Matarse así porque le habían condenado a veinte años, ¡qué tontería!

IX

Tres meses más tarde, una triste tarde de invierno, el doctor Mallet entró en la casa del señor Gorsaz, a donde iba cada día desde que volvieron de Burdeos. Sin preguntar por el marido, subió directamente a las habitaciones de Lucía, cuyo alarmante estado exigía cuidados asiduos que el médico prodigaba con constante dedicación. Abrió discretamente la puerta del dormitorio y se acercó a la cama de la enferma, que dormía con sueño letárgico. Sin despertarla, le tomó el pulso y luego rozó con su mano la frente de la enferma, y lo encontró ardiente como el alabastro de una lámpara que está encendida noche y día.

—La fiebre aumenta y cada vez afecta más al cerebro —dijo para sí cabizbajo.

El doctor contempló con dolorosa compasión a la enferma, cuya vida aún esperaba salvar, pero ya no su cordura.

—Estoy seguro de que le ha ocurrido algo desde ayer —dijo en voz baja a una mujer madura y de complexión viril que se mantenía de pie junto a la chimenea, esperando las órdenes del médico.

—He cuidado a muchos enfermos —dijo la cuidadora levantando los ojos al cielo— pero nunca he visto nada parecido a lo que aquí ocurre. Primero, esta noche se ha levantando dormida, como le ocurre a menudo; pero esta vez se ha querido tirar por la ventana. Ya tenía medio cuerpo fuera cuando he logrado sujetarla.

—Entonces ¿estaba usted dormida? —dijo airado el doctor Mallet.

—Puede que estuviera algo traspuesta..., no soy de acero... Gracias a que tengo un brazo potente, si no, a esta hora, esta pobre señora no necesitaría ya ningún médico. Pero eso no es nada: esta mañana ha ocurrido lo peor.

—¿El señor Gorsaz ha venido aquí? —preguntó desazonado el doctor.

—Así es. Entonces, la señora ha empezado a sufrir convulsiones que le han durado más de dos horas. Hacían falta cuatro para sujetarla, y nos ha costado hacerlo. Cuando se ha quedado sin fuerza, se ha dormido de puro agotamiento. Pero me da la impresión de que ese sueño no es buen síntoma.

La narración de la cuidadora se vio interrumpido por un ligero ruido que hizo la puerta al abrirse. El médico giró la cabeza y vio a Gorsaz parado en el umbral. Precipitándose sobre él lo llevó fuera del cuarto.

—¡No trate de entrar! —le dijo de un modo apremiante—. Esta mañana se ha aprovechado de mi ausencia, pero ahora tiene que hacerme caso. ¿Qué pretende usted? ¿Quiere terminar de matarla?

—Ahora está dormida —contestó el anciano con voz sumisa—. Se lo ruego, doctor, déjeme entrar. No hay cuidado, ella duerme y no me verá.

—Pero es que no sabe lo lúcida que es mientras duerme. Incluso

dormida, se dará cuenta de que está usted aquí.

—Déjeme verla un momento —replicó Gorsaz—. Esta mañana apenas lo he podido hacer. ¡Hace tanto tiempo que me tiene usted alejado de ella! ¿Estoy condenado a no verla nunca?

—Su presencia es capaz de acabar con ella —contestó Mallet—. Mientras yo sea su médico me opondré a cualquier entrevista sin motivo, cuyos efectos no podrían ser sino lamentables. En el estado en que se encuentra, toda sobreexcitación puede ser mortal. ¡Evítela, por todos los santos! ¿No ha tenido bastante con la vida de Arturo de Aubián? ¿Necesita también la de esta desdichada mujer?

El anciano quedó cabizbajo durante un tiempo antes de contestar. Por fin, levantando la mirada con sombrío desaliento sobre el doctor Mallet le dijo con voz temblorosa:

—Si para salvarla es suficiente que yo muera, que sea hoy mismo. ¿Qué hago yo en el mundo como un viejo miserable, sin familia, sin amigos, sin hijos? Ella era todo para mí, era mi alegría, mi dicha, mi tesoro. ¡Ojalá hubiera sido mi hija, quizá entonces me habría querido!

—De nada sirve lamentarse cuando no hay remedio.

—¡No hay remedio! Yo sé que hay uno, pero necesitaría una energía que ya no tengo, pues la vejez exaspera el alma y solo le deja fuerzas para sufrir. ¿Me cree usted, doctor? Nunca he sido un cobarde, y sin embargo no me decido a matarme. Y no piense que me retienen los sentimientos religiosos, sino el miedo. Tengo ganas de suicidarme, pero no tengo valor para ello. ¡Él sí lo ha tenido! Joven, querido, ha sabido morir. Yo, tan cerca de la tumba que solo me falta levantar la losa y bajar, dudo y tiemblo. ¡Debilidad y cobardía, esas son las últimas acompañantes de la vida!

Gorsaz pareció olvidarse de la presencia del médico, y bajó a su aposento con paso lento y pesado. Pasó allí el resto de la tarde, inmóvil en su sillón, cabizbajo, con la mirada fija, apurando gota a gota el cáliz de amargura que alimentaba su espíritu desde hacía meses. A las once de la noche, su criado entró y entonces se levantó y se dejó desvestir con docilidad maquinal. Luego, tras tomar una bebida sedante contra sus frecuentes insomnios, se acostó.

En toda la casa reinaba el silencio más profundo. El servicio hacía ya rato que se había retirado a sus habitaciones. Lucía seguía presa de su sueño letárgico, y su cuidadora, a pesar del incidente de la noche anterior, había vuelto a amodorrarse en su asiento. Gorsaz acababa de dormirse. De pronto se despertó por el ruido que hizo la falleba de la ventana al girar. Con los ojos abiertos, se asombró de una ancha cinta brillante que la luna proyectaba sobre la alfombra a través de la persiana. Este rayo fue interrumpido un momento por una sombra que se introdujo en el cuarto y se dirigió hacia la cama con rapidez y sin hacer ruido, al modo de un tigre. Gorsaz intentó incorporarse, pero antes de que hubiera podido gritar o alcanzar el cordón de la campanilla, fue atrapado y tumbado por el

malhechor, que le sujetaba con una mano por la garganta y con la otra empuñaba un largo cuchillo.

—Por favor..., Bonnemain... —murmuró el anciano, que había reconocido a su atacante a la luz de la luna.

—Ni una palabra, o le atravieso —dijo en voz baja el presidiario—. Mire: va usted a levantarse, abrir el secreter y darme el dinero. Si no dice nada, no le haré daño, pero si trata de pronunciar una sola palabra, le abro en canal. ¿Está claro?

Gorsaz, aterrado, hizo una señal de conformidad. Se levantó con la ayuda de Bonnemain, que no le soltaba por precaución, tomó la llave del bolsillo de su levita, abrió el secreter y sacó del escondite el estuche lleno de oro que no había dejado de obsesionar al presidiario noche y día en los últimos cinco meses.

—¿Es todo? —dijo el malhechor con codicia.

—Esto todo lo que tengo en este cuarto —respondió Gorsaz con un hilillo de voz—, pero en el escritorio de la biblioteca, tengo más. ¿Voy a buscarlo?

—No. Llamaría a los criados y me cogerían otra vez. La avaricia rompe el saco. Con estos cartuchos tengo bastante.

—Lléveselos, se los doy. Y le juro que no voy a denunciarle.

—Sí, ya. Y dentro de una hora los tendré tras de mí, como la otra vez. Ni hablar.

Y tras decir esto, con un gesto tan rápido como inesperado, el presidiario pasó por detrás de Gorsaz, lo agarró con fuerza y le tapó la boca con la mano izquierda, mientras que con la derecha le apuñalaba con precisión anatómica. Alcanzado en el corazón, el anciano mordió convulsamente los dedos del asesino, lazó un estertor sordo y murió. Bonnemain lo dejó sobre el suelo sin hacer ruido y se aseguró de que no latía ni una arteria de la víctima. Seguro así de no ser denunciado, se incorporó y se hizo con el contenido del estuche posado sobre el secreter. En ese momento el ruido de una puerta que se abría le congeló la sangre. Se dio la vuelta y, a la luz de la luna, única claridad que iluminaba la escena del crimen, vio a la entrada del cuarto una figura blanca que cualquier espíritu supersticioso habría tomado por el fantasma vengador de la víctima asesinada. Esta aparición se dirigió derecha al presidiario, quien aterrorizado dejó caer tanto el puñal como los cartuchos de monedas. Con piernas renqueantes logró pese a todo llegar a la ventana, que saltó con desesperación. Atravesó el parque a la carrera, franqueó el muro de la finca y huyó por los campos llevando en sus manos, como la primera vez, sangre pero no oro.

Dos horas más tarde, la cuidadora de la señora Gorsaz se despertó por fin, dándose cuenta de que la cama de la joven estaba vacía. Muy asustada, corrió a la ventana y la encontró cerrada, pero vio que la puerta estaba entreabierta. Encendió una palmatoria y persiguió las huellas e indicios de

paso de la sonámbula de habitación en habitación, hasta llegar a la planta baja, pues Lucía no había cerrado ninguna de las puertas que había abierto. Llegó así a la entrada de la habitación del señor Gorsaz, y allí se detuvo con un grito de espanto que levantó a toda la casa.

Iluminada por la luz de luna que llenaba parcialmente el aposento, Lucía, con los cabellos sueltos y los ojos cerrados, estaba sentada junto al cadáver de su marido. Parecía seriamente ocupada en una diversión infantil que dejaba ver que en su cerebro demencia y sonambulismo habían fusionado sus caprichos. Tenía sobre sus rodillas el estuche y rompía uno a uno los cartuchos derramando sobre la alfombra los luises de oro que luego organizaba en grupos simétricos. La sangre derramada por la herida del anciano se unía a ese juego, tiñendo las manos de la divertida demente.

Tras sacarla de esta fatal habitación, Lucía solo se despertó para caer en unas convulsiones horribles, durante las cuales se apagó cualquier luz de su razón. La escena que había sucedido cinco meses antes se reprodujo de un modo aún más trágico. El atestado judicial determinó de un modo concluyente que, en un arrebato de sonambulismo, la señora Gorsaz había asesinado a su marido contra quien sentía, tras la muerte de Aubián, un odio implacable. La investigación dejaba a las claras que ella había ejecutado, dormida, un atentado meditado previamente despierta. Entre los miembros encargados de instrumentar la acusación, más de uno llegó a pensar que el estado de sueño no era eximente del asesinato, y que había que llevar el caso ante un jurado de lo criminal, pero la constatación fehaciente de la locura de la acusada eliminó todo motivo legal para llevar a juicio el caso. En lugar de recluirla en una cárcel, la viuda del anciano fue internada en un asilo, lo que pareció a muchos un exceso de indulgencia.

En 1838, entre los curiosos que visitaban el conocido manicomio de Charenton, se encontraba un ciudadano de unos cincuenta años, de aspecto rollizo y saludable, bien vestido y mejor acicalado, que llevaba del brazo a una mujer endomingada de arriba abajo, y de la mano a un chiquillo de cuatro años que la vanidad maternal había embutido en un uniforme de artillero. Este grupo, imagen misma de la felicidad burguesa y reflejo perenne de las costumbres de antaño, era el típico que provoca en el artista una maliciosa sonrisa y en el filósofo una apacible ensoñación.

El cabeza de esta interesante familia, que acababa de tomar en sus brazos a su hijo para que viese mejor a los internos del sanatorio, se detuvo de pronto al ver a una asilada loca, todavía joven y hermosa, que, sin hacerle caso, atravesaba el patio musitando lastimosamente el nombre de Arturo.

—¿Qué te pasa, Bonnemain? —dijo a su marido la mujer endomingada —. Te has quedado pálido como una sábana.

—Es que tengo hambre —contestó echando mano de su sangre fría el

antiguo presidiario que, gracias a la dote de su esposa, dirigía un pujante establecimiento mercantil—. Vamos a cenar: Aquiles se duerme, los locos ya no le divierten, y yo..., ya he visto bastante.

Traducción del otoño de 2024.